

1941
The following is a list of the
names of the persons who were
employed by the Government
of the District of Columbia
in the year 1941.

DESDE LA PATRIA,

AL CIELO.

CUENTO DE COLOR DE ROSA,

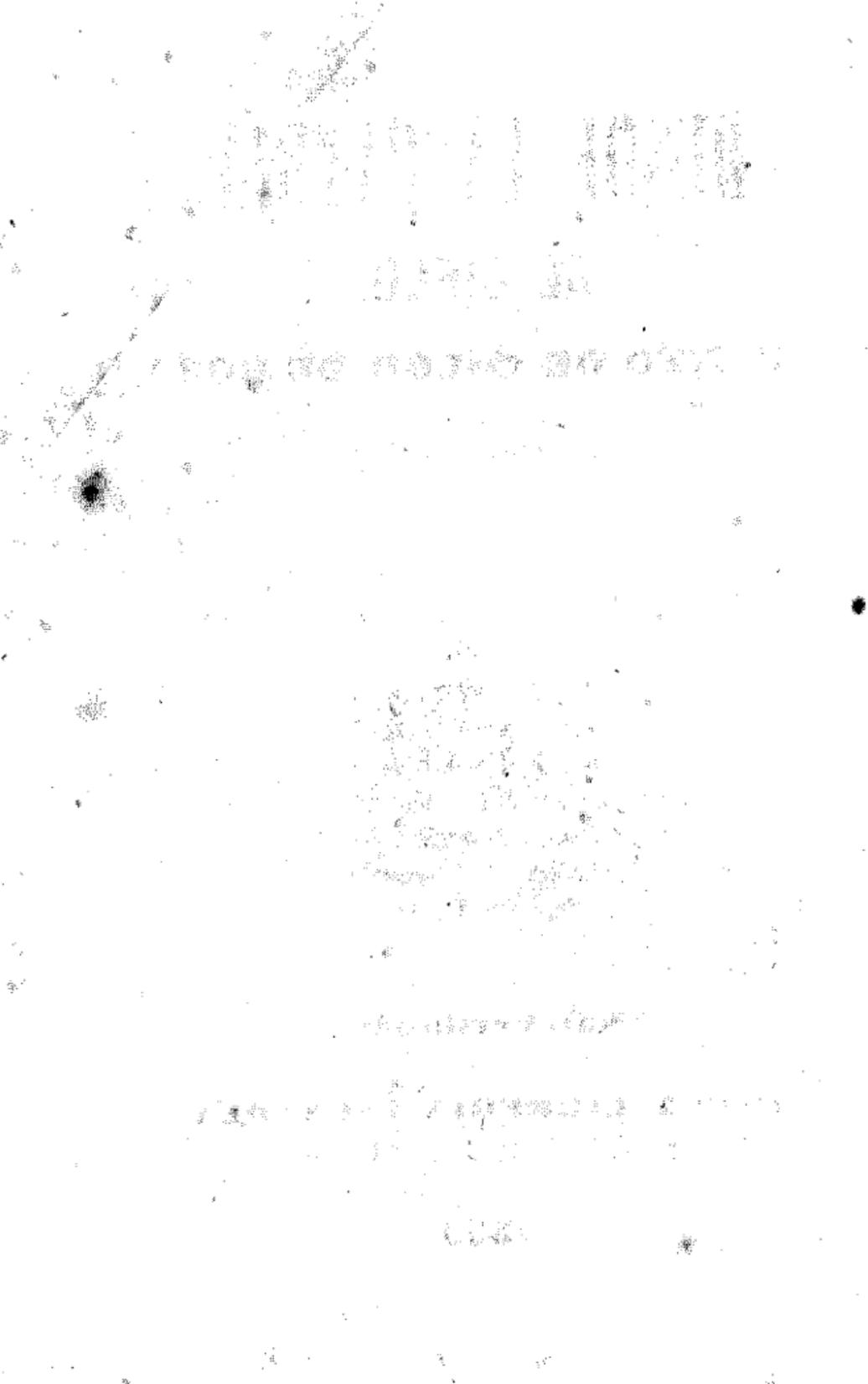
en dos partes.



San Fernando.

IMP. Y LIBRERIA ESPAÑOLA,
á cargo de D. Juan Alvarez.

1859.



PRIMERA PARTE.

I.

Lector despreocupado: si abres por la S el *Diccionario Geográfico* de Madoz ó cualquiera otro, encontrarás un articulito que dice, poco mas ó menos, lo siguiente:

«S.... Concejo de las Encartaciones de Vizcaya, partido judicial de Valmaseda, con trescientos vecinos y una iglesia parroquial dedicada á San Fulano. Dista de Bilbao cinco leguas y sesenta y cinco de Madrid.»

Aquí tienes todas las noticias geográficas, históricas, estadísticas, etc. que dan los libros acerca del rinconcito del mundo de que vamos á hablar.

Pero como el concejo de S.... me interesa algo mas que á los autores de Diccionarios geográficos, voy á suplir el desdeñoso laconismo de estos señores.

Verdaderamente el concejo de S.... no
Desde la patria, al cielo.

tiene grandes títulos á la atención del viajero y sobre todo si el viajero es despreocupado como tú.

Su iglesia es buena para glorificar y pedir consuelos á Dios; pero.... pare V. de contar. Los vecinos del concejo la tienen mucho cariño, pero ¿sabes por qué, lector despreocupado? Porque, segun dicen, sus padres la construyeron amasando con el sudor de su frente la cal de aquellas blancas paredes;— porque allí están enterradas las personas por quienes rezan y lloran todos los dias;— porque allí recibieron ellos el agua santa del bautismo;— porque allí se unieron para siempre con la compañera de sus alegrías y sus tristezas;— porque allí alcanzan de Dios consuelo en sus tribulaciones; y porque allí la palabra del sacerdote les indujo é induce aun á sus hijos á amar y reverenciar á los padres, á detestar el vicio y á adorar la virtud.

¿Qué te parece, lector despreocupado? Has visto simpleza igual?

Pues no para en esto la de los tales aldeanos.

Cuando repican á fiesta las dos sonoras campanas del blanco campanario de la iglesia parroquial de S.... y cuando al entrar á misa se encuentran los altares adornados con ramilletes de rosas y de claveles y el pavimento alfombrado de tomillo, neldo y espadaña, aquellos tontos lloran de regocijo y se juzgan dichosos con su pobreza y su iglesia

y su aldea casi olvidada de los geógrafos.

¿No es verdad, lector despreocupado, que tienen razon los franceses cuando dicen que el Africa comienza en los Pirineos?

S.... tiene su rio, pero apenas está indicado en los mapas, ni le han llamado padre los poetas, ni estos señores han dicho de él que sacó el pecho fuera y habló de esta manera ó de la otra ó de la mas allá: es un rio tan tonto que se contenta con estar siempre claro y fresco, con criar truchas y lovinas para engordar á aquellos bárbaros, con dar movimiento al molino que provee de harina á aquellos salvajes y á la ferretería que da ocupacion á aquellos hotentotes cuando el temporal no les permite trabajar en las heredades, y con mantener siempre lozanas y verdes las llosas y las huertas que suministran granos y frutos y hortalizas y flores á aquellos brutos.

Pues aunque parezca increíble en un siglo tan civilizado como el nuestro, tambien enamora semejante rio á los aldeanos de S!...

Me ocurre una cosa, lector despreocupado. Lista, que si mal no recuerdo, anduvo por allí *in illo tempore*, solia envidiar la felicidad del que nunca ha visto mas rio que el de su patria. ¿Qué va á que el tal Lista hizo creer esta y otras tonterías á los encartados?

Pero no, que aquellos ya eran tontos hace muchos siglos: cuando se llamaban cántabros

y peleaban con los romanos, si caían prisioneros, en vez de besar la sandalia á los césares, consentían morir en la cruz entonando cánticos á la libertad y á la patria.

¿Qué te parece, lector despreocupado? Vamos, si te digo que estoy corrido como una mona de haber nacido en un país donde tales cosas pasan desde los tiempos del rey Perico.

Pero aun falta lo mejor.

Las preciosidades históricas y monumentales del concejo de S.... son las siguientes:

Un castaño que plantó Juan el día que nació su hijo Pedro.

Un rosal que plantó Teresa una vez que su hijo estaba enfermo, ofreciendo á la Virgen regalarle cuantas rosas produjera si el chico se ponía bueno como en efecto se puso.

Un rótulo que hay en el puente recordando que el día tantos de tal mes y de tal año se arrojó al río Fulano y salvó, con peligro de su propia vida, á Zutano.

Y una ermita de San Roque mas vieja que Matusalen, á la cual tienen aquellos fanáticos mucho respeto porque el santo que se venera en ella libró de una peste al concejo allá en los tiempos de Mari-Castaña.

Tú, lector despreocupado, dirás que Juan plantó el castaño para que diera castañas y no para conservar memoria del nacimiento de su hijo Pedro.

Que el chico de Teresa se salvaria porque

cosa mala nunca muere.

Que Fulano se arrojó al río porque baría calor.

Y que el conejo se libraria de la peste porque refrescó el tiempo.

Pues es claro: eso sería. Solo que aquellos aldeanos son unos zopencos llenos de supersticion.

Aun hay mas.... ¿Qué, no puede haber ya mas tontería? Oye, oye y verás si la hay.

Las casas de la aldea son detestables, como que se contentan con ser muy sanas y muy grandes y muy limpias. Sin embargo, sus moradores dicen que no las trocarian por el palacio del Indiano que está en lo mejorcito del valle y es una maravilla. ¿Y sabes, lector despreocupado, en qué se fundan aquellos estúpidos? Te vas á reir de su majadería. Se fundan en que en ellas nacieron y murieron sus padres y en que en ellas nacieron y se criaron ellos.

¿Te ries? Pues espera, espera que allá va lo bueno.

El cura de la aldea es un viejecito que no lee periódicos políticos, ni conoce á Prudhon, ni á Fourier, ni ha saludado á los filósofos alemanes; que no conoce la filantropía inglesa; que se rie de los Catones americanos y de los regeneradores europeos; que se sabe de memoria todas las vejezes de la Biblia; que arruina al tabernero de la aldea acon-

sejando á los vecinos que no se diviertan en la taberna; que con sus sermones ha conseguido que el amor sea en S.... la cosa mas sosa del mundo, pues los maridos se mueren por sus mujeres y las mujeres por sus maridos y los novios ni siquiera se dan un mal pellizco hasta que se casan; que tiene la doctrina cristiana por base de la instruccion pública; que á fuerza de repetir que el trabajo es sano para el cuerpo y para el alma, ha logrado que todo el mundo trabaje el dia de trabajo; que con su eterna cantinela de que el juego es padre de todos los vicios, ha alcanzado que ni el dia de trabajo ni el dia de fiesta se encuentre en la aldea con quien echar un mus; y por último, que con sus consejos ha conseguido que aquellos simples esclamen cuando les sucede alguna desgracia: «¿cómo ha de ser! Dios lo ha querido.... hágase su divina voluntad!» y se quedan tan consolados como si tal desgracia no les hubiese sucedido.

El alcalde del concejo es un palurdo que lleva su tontería hasta el extremo de medir con la misma vara á los parientes y á los estraños cuando cometen alguna falta; que incurre en la grosería de rechazar los regalos que intentan hacerle los vecinos que tienen asuntos pendientes de su autoridad, y que cuando el comun no tiene fondos para atender á las calamidades públicas, vende

aunque sea su propia camisa para remediarlas.

Pues has de saber, lector despreocupado, que los vecinos de S.... bajan la cabeza servilmente ante tal cura y tal alcalde y serian capaces de dar el alma y la vida por ellos.

Pero dejémonos de gentes tan estúpidas con el consuelo de que el sol de la civilizacion no tardará en penetrar en aquel salvaje rincon del mundo, y veamos si en S... hay algun habitante algo mas en armonia con el espíritu del siglo.

II.

¿Qué manojito de rosas y de claveles se ha posado en mi hombro? Toma, pues si es la cara de la niña de color de rosa que me inspira estos cuentos! Qué hacias tú aquí, pícara?

—Leer por encima de tu hombro lo que vas escribiendo.

—Y que tal te parece?

—Mal, rematadamente mal.

—Gracias por la lisonja! Y por qué te parece mal?

—Porque no me gusta la ironía.

—Sin embargo, bien usada es un género que....

—Es un género que hiere, que hace daño, que tú no puedes cultivar.

—Y por qué no puedo?

Cuento color de rosa.

—Porque no tienes hiel en el alma.

—En cuanto á eso, poco á poco. Cosas pasan en el mundo que aun en el alma de una blanca paloma engendran hiel y vinagre y ajo y mostaza y guindilla.

—Si, pero á pesar de eso el mundo es hermoso como lo son las rosas á pesar de las espinas.

—Ah! sí, tienes razon, el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él!

Pasemos por el mundo derramando una bendicion sobre cada flor y cada espina que encontremos á nuestro paso!

Cuando, terminado nuestro viage, tornemos al seno de Dios, las puertas del paraíso nos serán abiertas si podemos decir: «Señor! hemos hecho noblemente nuestra jornada: los moradores de la tierra lloran nuestra ausencia porque hemos sembrado bendiciones en nuestro camino!»

Es verdad, la ironía es digna de las almas que carecen de hiel.

Lector despreocupado! no quiero dirigirme á tí porque tú no me comprendes. No quiero escribir para tí porque soy pobre de espíritu y rico de corazón, y solo para los pobres de espíritu y ricos de corazón escribo.

Aunque mi corazón solo sabe amar y mis labios solo saben bendecir, quisiera tener mil corazones para aborrecerte y mil labios para

maldecirte.

¿Ves esa lágrima que ha borrado un amargo ¡te detesto! que mi pluma acaba de estampar en el papel? Pues ha caído de esos ojos de cielo que posados sobre mi hombro siguen, arrasados en lágrimas de ternura y de alegría, el vuelo de mi pluma.

Esas lágrimas busco, que no tus aplausos y tus riquezas. Pobre y oscuro quiero seguir mi jornada llevando por compañeros á los pobres de espíritu y ricos de corazón porque ellos me guirán al reino de los cielos.

Virgen de ojos azules y rostro de azucena y rosa! á tí me dirigiré porque tú me comprendes. Sí, sí, tienes razón, el mundo es hermoso para los que no nos creemos desterrados en él.

Has de saber que Teresa, aquella que plantó el rosal en S.... ofreciendo á la Virgen regalarle todas las rosas que produjera si se salvaba su hijo de una grave enfermedad, perdió á su marido Juan, aquel que plantó un árbol en memoria del nacimiento de su hijo Pedro.

Pedro era aun muy niño cuando murió su padre, y la pobre Teresa se encontró sin amparo en el mundo.

Como aquellos pobres aldeanos tienen la costumbre de acogerse al amparo de los moradores del cielo en todas sus tribulaciones, Teresa se acordó de la madre de Dios cuan-

do se hallaba mas desconsolada.

Era una hermosa mañana de Mayo: todo cantaba y reia, el sol asomando por Oriente, los pájaros en la enramada, las campanas en la torre y las flores en el huerto. Todo cantaba y reia menos el corazon de la pobre Teresa que estaba desconsolado.

Teresa se fué al huerto á ver si el rosal tenia rosas para engalanar el altar de la Virgen. Cargadito de ellas estaba y nunca las habia ostentado tan hermosas como aquella mañana. Lo único que les faltaba era algunas gotas de rocío que abrillantasen sus frescas hojas reflejando los primeros rayos del sol de Dios que empezaba á bañar el horizonte.

Teresa empezó á cojer rosas llorando mientras las cogia. Hizo con ellas un lindo ramillete y se encamioó á la iglesia que el sacristan habia dejado abierta mientras subia á la torre á tocar á misa primera.

El primer rayo del sol penetraba por una ventana del templo y bañaba con su dorada luz el altar de la madre de Dios.

Teresa colocó en el altar aquel ramo de rosas coronadas de lágrimas, y de repente un resplandor divino destumbró sus ojos é inundó de luz el templo: el sol, reflejando en las lágrimas que coronaban las rosas, habia trocado cada lágrima en un diamante rico de luz y hermosura!

La pobre aldeana alzó sus atónitos ojos

à la Virgen, y creyó ver una sonrisa llena de amor y gratitud en los labios de la Reina del cielo!

Poco despues salió del templo con el corazón henchido de santa esperanza y se dirigió presurosa à su casa para hacer partícipe de su alegría al hijo de sus entrañas.

Al pasar junto al palacio del indiano, oyó una voz que la llamaba y alzó los ojos al balcon del palacio.

—Teresa, la dijo el indiano, sube, que deseo hablar contigo.

Teresa se apresuró à subir, llena, sin saber por qué, de gratísima esperanza.

—Enjuga tus lágrimas, Teresa, añadió el indiano, que yo voy à proporcionaros la subsistencia à ti y à tu hijo.

—Hijo de mi alma! exclamó la aldeana pensando en la dicha de su hijo antes que en la propia.

El indiano continuó:

—Yo tengo grandes riquezas en América y voy à hacer un largo viage para volver aquí trayéndolas conmigo, porque aquí quiero pasar el resto de mis dias. No tengo familia ni parientes à quienes confiar el cuidado de esta casa durante mi ausencia, y quiero que tú y tu hijo tomeis à vuestro cargo este cuidado.

—Señor, exclamó Teresa, nosotros conservaremos religiosamente cuanto V. nos confie.

-- Si así lo haceis, como no dudo, á mi vuelta sereis mi única familia; si muero antes de volver, no me olvidaré de vosotros, y durante mi viage tendreis lo necesario para vivir tranquilamente.

Teresa apenas podia espresar su gratitud porque la alegría embargaba su voz. El indiano, que hablaba con ella en una hermosa biblioteca que encerraba millares de volúmenes, continuó:

— Ves estos libros, Teresa? cuídamelos con esmero, que ellos han sido siempre y son y serán mis mejores amigos: á ellos debo la tranquilidad de mi alma, lo que vosotros, pobres aldeanos, que nunca habeis visto sabios, llamais mi sabiduría y hasta las riquezas que aquí y en América poseo.

— Señor, dijo Teresa, confie V. en que así lo haremos. Mi hijo sabe escuela, á Dios gracia, y tiene mucha aficion á los libros, aunque en casa no tenemos mas que el *Astete* y los *Gritos del purgatorio* y el *Año cristiano* y la historia de *D. Quijote* y los *Fueros de Vizcaya*. No tenga V. cuidado, señor, que mi pobre Pedro los tendrá como el sol de limpios y tan ordenados como V. los deje.

— Bien, Teresa, bien. Hoy mismo podeis veniros á vivir aquí, porque yo pienso partir mañana temprano.

— Señor!.... murmuró Teresa poniéndose colorada y como si tuviese que hacer alguna

objecion á las proposiciones del indiano y no se atreviese á hacerla.

El indiano la comprendió al punto.

—Ah! dijo, no quieres abandonar tu casita? Lo apruebo, Teresa, y eso te hace mas digna aun de mi confianza.

—Señor, repuso la aldeana, no lo debe V. estrañar: es tan blanca, y tan cómoda y tan hermosa....

—Sí, sí, lo es para los que viven de recuerdos y han derramado en ella todas sus lágrimas de alegría y de tristeza.

—Y luego, señor, continuó Teresa, allí ha nacido mi hijo y ha muerto mi marido, y si no la habitamos, el desamparo reinará en ella, y el agua penetrará por su techo y sus paredes, y la pobre se caerá al cabo, que es como si se muriera de tristeza.... ¡Ah! señor, qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi Pedro y yo por junto á esa aceña vieja que hay en el nocedal del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aun ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aun se conserva allí frio y solitario, y aquellas letras hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aun se ven en la pared, y aquellos clavos que aun permanecen junto á la ventana....

—Sí, Teresa, exclamó el indiano con los ojos arrasados de lágrimas, mucho quieren

decir todas esas cosas para los que como yo triste de mí! no tienen familia y mucho mas aun para los que la tienen!... No abandonen tu casita, no, que la pobre, como tu dices, se moriria de tristeza. Venid de dia á cuidar de mi palacio, y de noche que se quede tu hijo en él, pero no apagueis nunca vuestro hogar.

—Así lo haremos, señor, y en el corazon guardaremos siempre escrita la bondad de V.

El indiano no permitió á Teresa que continuase espresándole su agradecimiento.

Teresa se levantó temprano al dia siguiente para despedirle despues de haber pasado gran parte de la noche pidiendo á Dios que le diese buen viage.

Pero antes de ir á casa del indiano, fué al huerto, tomó la mejor rosa que tenia el rosal, y yendo á la iglesia, la trocó por la mejor que tenia el ramillete de la Virgen.

—Señor, dijo al indiano, esta rosa ha estado en el altar de la Virgen Santísima: llévela V. consigo, que el corazon me dice que llevándola no morirá V. en esos caminos ni en esos mares traidores desamparado de Dios y de los hombres.

El indiano era un sabio, y como ahora se dice, un hombre de mundo; pero era de los sabios y hombres de mundo que creen en Dios, y aunque no creyeran, admirarian y respetarian santamente la fé de los demas.

Señor! con qué dolor cerrarás las puertas de tu gloria á esta clase de ateos!

El indiano aceptó con profundo agradecimiento la santa rosa que le ofrecia la aldeana y la colocó cuidadosamente en una caja donde conservase su hermosura y su perfume.

Poco despues tomó el camino de Bilbao donde debia embarcarse para la América Central.

Todas las mañanas, cuando el sacristan entraba en la iglesia para tocar á maitines, entraba tras él Teresa y colocaba en el altar de la Yirgen un ramo de rosas frescas coronadas de lágrimas... pero coronadas de lágrimas de alegría.

(III)

Hagamos de dos pinceladas el retrato de Pedro, de Pedro tal cual era cuando el indiano encargó á Teresa el cuidado de su palacio, no tal cual era cuatro años despues.

—Y por qué le has de retratar en la primera de esas dos épocas?

—Porque física y moralmente se habia transformado en el trascurso de la primera á la segunda, y esta trasformacion se resiste á mi pincel que solo se complace en trazar cuadros de inocencia.

Deja, deja, purísimo númen de los *Cuentos de color de rosa*, que el lector despreocupa-
Cuento color de rosa.

do se ría de mis inocentes creaciones; deja que se burle de mi afición á retratar pobres madres y pobres niños que solo saben creer y amar. Yo sé que hay ojos que lloran y corazones que palpitan ante mis humildes cuadros. Una de esas palpitaciones y una de esas lágrimas borra todos los sarcasmos que el lector despreocupado pueda lanzar sobre estos cuadros, amados Benjamines de mi corazón.

—Pero qué! se había hecho malo el hijo de Teresa, tan querido y ensalzado por su madre?

—Malo en el sentido que el mundo dá á esta palabra.... no; pero malo en el sentido que yo suelo darle.... sí. Porque has de saber, alma mía, que yo tengo por malo á aquel que, preso su corazón de febriles ambiciones y atestada su mente de locas quimeras, en vez de bendecir los bienes que Dios le envía, los rechaza como mezquinos y se cree con derecho á obtener el primer quínon en el reparto de la herencia humana.

Mira, rosa del rosal de mis amores, yo nací en un valle muy parecido á aquel en que nació Pedro. El horizonte que se descubría desde la casita blanca de mis padres, era tan limitado que mi vista lo abarcaba perfectamente.

—Madre, pregunté un día á la que me llevó en sus entrañas, ¿hay mundo mas allá

de aquel pico donde aparece el sol todas las mañanas y mas allá de aquel otro donde se esconde todas las tardes?

—No, hijo mio. no! me contestó mi madre.

Pasaron años y abandoné las riberas del Cadagua por las del Manzanares.

Cuando subo á la cumbre de la montaña del Príncipe Pio, dirijo la vista á las colinas de Vicálvaro ó á las de Sumas-aguas y pregunto á la santa madre que me espera en el cielo:

—Madre, ¿hay mundo mas allá de aquellas colinas?

—No, hijo mio, no! me contesta mi madre desde el cielo, y yo la creo aun, y soy dichoso creyéndola.

Pero me olvido de Pedro y de la pobre Teresa.

Llamo pobre á Teresa, porque lo era aun mas que cuando el indiano la llamó para que cuidase su palacio. Entonces su hijo era tan ignorante como ella; pero como ella amaba la casa paterna, admiraba la hermosura de las arboledas del valle, creia el mas bello del mundo el templo donde habia sido bautizada, tenia por las ruinas mas venerables de la tierra las de las aceñas del nocedal, no creia que hubiese rio mas poético y hermoso que el que un dia habia dado movimiento á aquella aceña, no concebía que en el orbe hubiese sábios que igualasen al cura

y al maestro de escuela de la aldea y tenia á Rosa, su vecina, por la niña mas hermosa del universo. Cuatro años despues parecia haber mudado completamente de sentimientos y de opiniones.

Y la pobre Teresa, al echar de ver este cambio en su hijo, lloraba como una Magdalena acompañándola en su duelo Rosa, que era ya una muchacha tan bella como las flores que llevan su nombre, y tan buena como debia serlo aquella á quien Teresa diese el dulce nombre de hija.

Pedro, segun se decia en el valle, se habia hecho un sabio; pero aunque esto se dijera, Teresa y Rosa no cesaban de llorar.

Bien has hecho, Dios mio, en alejar el árbol de la ciencia del humilde autor de los *Cuentos de color de rosa*, que un título de académico venido de las orillas del Rhin, del Tamesis ó del Sena, no vale tanto como estas líneas venidas de las orillas del Cadaqua y trazadas por la temblorosa mano de un pobre labriego.

«Hijo mio, á todas horas tenemos tu nombre en los labios para bendecirle. Quien lejos de su valle nativo se acuerda de sus padres y su valle, ¡bendito sea!»

Pedro, apasionado desde muy niño á los libros, habia podido satisfacer esta pasion desde que se vió dueño de la rica librería del indiano.

Por espacio de cuatro años habia vivido casi constantemente encerrado en ella devorando millares de volúmenes entre los cuales los habia de todos géneros, útiles y nocivos, fruto de la ignorancia y de la sabiduría, de la imaginacion estraviada y de la imaginacion dirigida por buen camino.

Propensa la suya por naturaleza á abultarlo todo, y á incurrir en perpétuas alucinaciones, habia recorrido el mundo y las edades poblando estas y aquel de hermosas fantasmas que gritaban sin cesar al desdichado mancebo: «Ven, ven á nosotros! La felicidad no existe ni puede existir en ese rincon del mundo! Nosotros habitamos las montañas de Suiza, donde vaga la sombra de Guillermo Tell; las márgenes del Rin pobladas de silfidas y wilis; los canales de Venecia donde aun resuena el canto de los gondoleros; las ruinas del circo romano teñidas con la sangre de los mártires; el golfo de Parténope sombreado por el laurel de Virgilio; los harenes y jardines de Bizancio; la santa Palestina donde viven aun Jesus y Godofredo y Pedro el Hermitaño; la Grecia, patria de los dioses y los semidioses; la India, tierra de los rios sagrados y las piedras preciosas, y la América, último refugio de los gobiernos patriarcales y único teatro de las grandes escenas de la naturaleza. Ven, ven á nosotros, que donde nosotros estamos está la felicidad!»

Y Pedro creía lo que le decían aquellos fantasmas que había visto destacarse de las páginas que había devorado por espacio de cuatro años, vagos, indecisos, oscuros al principio, pero distintos, perceptibles, luminosos y gigantes despues.

La tristeza y el hastío se habían ido apoderando de su alma: todo, todo cuanto encerraba el valle, hasta su madre y Rosa! le parecía pobre, mezquino, vulgar, indigno de ser amado.

Su madre, Rosa, el señor cura, el maestro de escuela, todos los habitantes del valle procuraban desterrar de su alma las febriles ambiciones que la consumían, pero sus consejos, sus súplicas, sus lágrimas eran inútiles.... Lo único que hacía Pedro era compadecer á aquellas pobres gentes que como no habían visto el cielo, no se creían desterradas en la tierra.

Oye, oye, alma mia, como pensaba Pedro del amor, y pide á Dios que jamás salgan de mis labios ni de los tuyos estas palabras:

—«¡Tú no me comprendes! tu alma no puede comprender á la mia!»

IV.

Era una mañana de otoño.

Pedro estaba leyendo en la biblioteca encomendada á su cuidado. El sol bañaba ya

por completo el horizonte y sin embargo, delante de Pedro ardía un candil.

El jóven no habia notado aun que era de dia. Mira si estaria embebido en su lectural habia pasado la noche leyendo. Plutarco y Homero habian arrastrado su alma á Grecia: el ignorado autor de las *Mil y una noches* la habia llevado por las regiones asiáticas de delirio en delirio y de asombro en asombro; Chateaubriand la habia paseado por las vírgenes soledades de América; Cook la habia hecho dar la vuelta al mundo, sumergida en el sublime horror de las tinieblas y los hielos polares, y Schiller, Goete, Hoffman y Shakespeare habian hecho comparecer ante ella todos los fantasmas, ora risueños, ora terribles y amenazadores de los países teutónicos y británicos.

Figúrate cómo estaria el alma de Pedro arrastrada de emocion en emocion por tan lejanas y diferentes regiones! Figúrate cuán distinto seria entonces de lo que habia sido cuatro años antes.

Pedro, un tiempo tan contento con vivir y morir en el valle nativo, como todos los habitantes del valle, solo tenia ya un deseo, pero un deseo supremo, ardiente, inestinguible; un deseo sin cuya satisfaccion la vida le parecia una carga insoportable: el de hollar con su planta y abarcar con su mirada el teatro de las escenas, reales ó ficticias, que

habian espuesto á su contemplacion los libros, escenas que su fantástica y acalorada imaginacion poetizaba, despojándola de toda la parte vulgar y prosáica que aun lo mas poético de este mundo tiene. Hubiérasle dicho, por ejemplo, que Viriato, rústico pastor lusitano, estaba cubierto de suciedad y harapos cuando se reveló contra la tiranía romana; hubiérasle dicho que Laura, la amada semidivina del Petrarca, comía y bebía como Rosa, su novia, y no lo hubiera creído.

La casa de Rosa estaba al lado de la de Teresa. Esta, que trataba ya á la jóven con la confianza de una madre, la encargó que se llegase al palacio del indiano y dijese á Pedro que viniese á almorzar.

No se hizo rogar la enamorada niña. Cuando entró en la biblioteca donde leía Pedro, este se volvía loco con la descripción de un harem. Aquel volcan de amor y de celos que ardía perpétuamente en el corazon y en los ojos de las odaliscas, le parecia mil veces preferible á todo el amor que puede encerrar el corazon de las mujeres de Occidente.

—Pedro, dijo Rosa entrando en la habitacion, ligera como una mariposa, colorada como las cerezas á medio madurar, y risueña como una mañana de Mayo: Pedro, dice tu madre que te está esperando el almuerzo.

Pedro dió tal patada en el suelo y miró á Rosa con tal indignacion y tal desden, que

la pobre muchacha retrocedió dos pasos sobrecogida de terror.

— ¡Perdóname, Pedro! murmuró Rosa cariñosamente. Estabas distraído y te he asustado, ¿no es verdad? Mira, ha sido sin querer.... No volveré á asustarte, yo te lo aseguro. Anda, vente conmigo, que tu madre te está esperando.

— No necesito compañía, y la tuya mucho menos, contestó Pedro con tono desdeñoso y amenazador.

La niña se puso pálida como una azucena, y bajó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas.

La desdeñosa espresion que dominaba en el rostro y en la mirada de Pedro, se dulcificó un poco.

— ¿Qué tienes? Por qué lloras, Rosita? preguntó el jóven con cierta solicitud.

— Porque ya no me quieres! contestó la niña, cuya purísima voz ahogaban los sollozos.

— Sí, si te quiero, Rosa; pero tú tienes la culpa de estos arranques de mal humor que en mí ves.

— Pues dime qué hé de hacer para que siempre estés contento.

— Lo que has de hacer es comprender mi alma.

— Y qué quiere decir eso? preguntó la niña con adorable ingenuidad. Comprender tu alma ¿es quererte mucho?

—No es solo eso, contestó Pedro, cuyo rostro volvía á nublarse; comprender mi alma es, en primer lugar, adivinar mis deseos...

—Yo creí que deseabas ya almorzar....

Pedro dió otra patada en el suelo exclamando:

—¡Rosa! veo que tu alma nunca podrá comprender á la mía; que hablarte de ese amor delicado, grande, ideal, sublime, que se cierne entre el cielo y la tierra, es echar margaritas á la mar.... Ah! bien se conoce que nunca has abierto un libro.

—Pero si yo creía que no eran menester libros para saber querer.... Mira, Pedro, mira lo que me figuraba yo que era querer.... Estar siempre pensando en tí; no encontrarme á gusto sino á tu lado, pedir á Dios que te dé salud y fortuna; desear que me quieras como yo te quiero á tí; ponerme triste y llorar y desesperarme si quieres á otra; aprender todo lo que saben mi madre y la tuya para hacer lo que ellas hacen; gobernar bien la casa cuando nos casemos; querer y cuidar y enseñar á nuestros hijos, si Dios nos los dá; trabajar á tu lado para que el trabajo te pese menos; alegrarme cuando estés alegre; entristecerme cuando estés triste, y morir de pena si tú te mueres.... Esto es, Pedro, esto es lo que yo tenía por amor. Si es otra cosa ¿por qué no me lo dices? Verás como hago todo lo que tú me mandes.

¿Qué, no soy yo dócil acaso? Cuando yo era pequeña siempre estaba diciendo mi madre: mi niña va á ser muy mujercita de bien, porque mejor mandada no la hay en la aldea. Dime, Pedro, ¿no es el amor lo que te he dicho?

—Sí, Rosa, ese es el amor; pero es el amor vulgar. El que busca mi alma es ese en el fondo pero no en la forma: escluye toda espresion innoble, tal como la que has usado al llegar aquí.

—¿Pero es malo decirte que vengas á almorzar cuando es cerca de medio día y aun no te has desayunado?

—¡Sí, sí, lo es!.... respondió Pedro volviendo á sentirse dominado por el enojo que tanto habia aflijido á la inocente muchacha.

—Pues mira, repuso esta, el señor cura y el maestro, que tanto saben, así dicen las cosas....

—Porque aquí el que mas sabe es un salvaje. Por eso aborrezco á este miserable valle.

—¡Miserable este valle! ¡Sí, que habrá muchos donde se coja tanto grano y tanta fruta como en él!

—Grano.... fruta.... murmuró Pedro con soberano desden.

—¿Pues qué, es eso tambien malo? Mira, Pedro, esta mañana hemos estado tu madre yo hablando de lo que hemos de hacer con la hacienda en cuanto tú y yo nos casemos.

Dice tu madre que si cocemos un calero, allegamos toda la hoja del rebollar y hacemos una rozada (1), de seguro cogemos grano para todo el año, como en vida de tu padre que esté en gloria.

—No seré yo quien cultive las tierras que cultivó mi padre.

—¿Qué dices, Pedro?

—Que no me enterrarán en estos valles.

—¡Dios mio, exclamó Rosa llena de asombro. Pero á dónde has de ir?

—A donde mi alma me llama.

—Pero dónde es eso?

—¡Para qué te lo he de decir si no me has de comprender? Rosa, déjame, déjame, que Dios no ha formado tu alma para que comprenda la mía.

—¡Pero si yo te quiero, Pedro, si yo te quiero mucho!... exclamó Rosa con infinita ternura, buscando en los ojos de Pedro una mirada que correspondiese á aquella sencilla y á par elocuente espresion de su cariño.

—Déjame en paz! respondió Pedro con inmenso despego, y volvió á rosa la espalda.

La inocente niña prorumpió en lágrimas

(1) En las Encartaciones donde abundan las tierras ásperas y frias, se abonan estas generalmente con cal y estiércoles vegetales, en los que entran por lo comun la hoja de los árboles, el helecho, el brezo y las auluagas, llamadas allí «argomas.»

y bajó la escalera murmurando:

— ¡Ay Dios mio, Dios mio!... ¡Que no me quiere ya! ¡Que sin duda quiere á otra!

V.

Era bien entrada la primavera.

A la puerta de la casa de Teresa habia un hermoso emparrado cubierto ya de hojas, entre las que se veian granar los racimos.

Teresa, Rosa, y otras vecinas, cosian bajo aquel emparrado á la caidita de la tarde de un sábado.

Todas charlaban como cotorras, escepto Rosa que no despegaba sus lábios ni levantaba la cabeza inclinada sobre su labor, y Teresa, que solo terciaba alguna que otra vez en la conversacion, miraba con frecuencia á Rosa y exhalaba un hondo suspiro como diciendo: ¡mucho se parece mi mal al tuyo!

La conversacion tenia por objeto enumerar las maravillas que la primavera iba trayendo al valle. Marta contaba que los cerezos y los landechos (1) de su huerto se iban á desgajar con el peso de la fruta, segun la muestra que presentaban; Dominica referia que en sus piezas (2) la borona comenzaba ya á echar cirria (3); Luisa decia que el

(1) Una especie de manzanas muy tempranas.

(2) La flor del maiz.

(3) Asi llaman por antonomasia á las heredas.

año iba á ser muy abundante de todo, pues el cuco habia venido por donde viene el sol (4); y Jacinta aseguraba que si Bilbao llegaba á empinarse un poquito para asomar la cabeza por cima de los montes que rodean á S.... se iba á morir de envidia á pesar de sus jardines y sus tesoros.

Rosa y Teresa tambien decian una cosa, pero se la decian muy bajito á su corazon: ¡que Pedro ya no las queria!

Una de las vecinas echó de ver el silencio de Rosa y Teresa.

—¿No saben Vds., dijo, la gran novedad que hay esta primavera en S....?

—Qué novedad es? se apresuraron á preguntar todas.

—Que los pájaros se han vuelto mudos y las rosas se han vuelto azucenas, contestó la vecina dirigiendo la vista á Rosa con una insignificativa sonrisa.

—Pues es verdad! Y no habíamos reparado en ello, exclamaron las aldeanas.

A Rosa y á Teresa se les arrasaron los ojos en lágrimas. Las vecinas que lo notaron se apresuraron á abandonar su tono irónico y malicioso, dominadas por la compasion.

—¡Válgame Dios, dijo una de ellas dirigiéndose á Rosa, cómo has cambiado, hija!

(4) Esta creencia es muy comun en las Encartaciones.

¿Por qué no cantas ya como los pájaros y das envidia á las rosas de Alejandría?

—Porque para ella y para mí, contestó Teresa, no ha venido aun la primavera?

—Eso es porque sois unas tontas. ¿Que Pedro está siempre encerrado con sus libros? Anda con Dios, y así aprenda mas que el sabio Salomon. Si los libros que lee fuesen malos, santo y muy bueno que os aflijiérais; pero ya veis vosotras si el indiano, un señor, que mejorando lo presente, no tiene pero, puede haber gastado su dinero en libros malos....

—No serán muy buenos cuando á mi hijo le han hecho aborrecer la aldea donde nació.

—¿Y cómo al indiano no se la han hecho aborrecer?

—Tienes razon que los libros no serán malos. Lo será tal vez mi hijo!

Es imposible pintar el dolor con que Teresa pronunció estas últimas palabras y la dolorosa impresion que hicieron en Rosa.

—Yo he oido decir al señor cura, repuso la vecina, que los libros son como las escopetas, que aunque sean útiles para muchos, son para algunos peligrosas.

—Pero no, no.... el hijo de mi alma no es malo, exclamó Teresa deshecha en lágrimas. Esta mañana me vió llorar, y echándose á mi cuello me dijo, saltándosele las lágrimas:—«¡Madre de mi corazon, perdóne-

me V. las penas que causo á V. y á la pobre Rosa. Yo las quiero á Vds., y procuraré á toda costa hacerlas felices; pero no puedo evitar esta tristeza que me consume, esta inquietud continua que me mata y esta aversión que me causa la aldeal»

—Pues hija, dijo una de las vecinas, á mí me gusta cantar clarito: yo hago la cruz al que tiene aversión al pueblo en que nació, y se la hago, aunque por lo demas sea un santo. Todas esas cosas que dice tu hijo, todo eso de que no todos tienen el alma templada del mismo modo; de que unas plantas se secan donde florecen otras, todo eso que dice Pedro será muy bonito y muy señor, pero yo lo tengo por paja y nada mas que paja. El grano es que cada cual debe contentarse con lo que tiene; que Dios manda hacer llorar de alegría y no de dolor á los que nos quieren; que la tierra en que uno ha nacido es una segunda madre y se la debe querer como á la primera, y que el talento y la sabiduría que no se emplean antes de todo en hacer lo que Dios manda, no son sabiduría ni talento. Esto es lo que le decia á tu hijo la otra tarde el señor cura, y esto es lo que á mí me parece el evangelio.

—Es verdad! es verdad....! murmuraron á la par Teresa y Rosa hechas un mar de lágrimas.

—Pero eso no quita, continuó la vecina,

que me parezca una tontuna el asfijiros de ese modo. Dejad que vuelva el indiano, y vereis como á Pedro se le va el aire que se le ha metido en la cabeza así que no pueda leer mas libros que los que leia su pobre padre que esté en gloria. Pero ya que hablamos del indiano, ¿no habeis vuelto á tener carta de él?

—No, contestó Teresa. Desde que nos escribió de Veracruz, hace una porcion de meses, diciendo que al cabo de cuatro años de entorpecimientos habia logrado arreglar sus asuntos y se disponia á volver, no hemos vuelto á tener carta suya, y eso nos tiene con mucha pena, que tal vez le habrá sucedido algo en el mar.....

—A proposito de cartas, dijo una de las vecinas, ahí está Ignacio con la balija.

En efecto, un jóven venia por el camino de Valmaseda montado en una mula, y trayendo una balija sobre el cabecil de la basta.

—Teresa, dijo al pasar por frente á la casa de esta, llevo aquí carta para V., segun me ha dicho el administrador de Valmaseda. Voy á que abra la balija el señor alcaide, y en seguida le traigo á V. la carta.

El jóven siguió adelante, y Teresa y Rosa quedaron esperando con impaciencia su vuelta.

—De las Indias es la carta, segun reza el sobre-escrito, dijo Ignacio volviendo pocos momentos despues con la carta en la mano.

—Abrela y haz el favor de leérnosla, dijo Teresa llena de alegría, que no quiero esperar á que venga Pedro. Pobre señor! Cómo estará? Dios le dé mucha salud....

Ignacio comenzó á leer la carta, que estaba fechada en Veracruz, y encabezada con el nombre de Teresa.

«Nos dirigimos á V., decia, para cumplir un deber á la par triste y satisfactorio. El Sr. D. Fulano de tal, natural de ese concejo y dueño de los bienes que hace cuatro años están al cuidado de V., ha fallecido en esta ciudad....»

Ignacio no pudo continuar su lectura al llegar aquí, porque Teresa y Rosa, y aun las vecinas y el mismo Ignacio, prorrumpieron en llanto.

Durante un cuarto de hora no se oyeron mas que sollozos y exclamaciones como estas:

—Pobre señor de mi alma!

—Qué padre tan bueno han perdido los pobres!

—Dios le haya dado á la hora de la muerte tantos ángeles como bendiciones ha recibido en vida!

—Virgen santísima, acógele bajo tu manto, que la misericordia tenia un palacio en su corazón!

—Señor, coronale de gloria si no le has coronado ya!

Al fin, Ignacio pudo continuar la lectura de la carta.

«Murió tranquilo y sonriendo como los justos, como los verdaderamente sábios, como debía esperarse de su vida consagrada á la caridad y el trabajo. En su postrimer instante se acordó del pueblo de su naturaleza y de V. Nosotros, sus testamentarios, nos dirigimos á V. en cumplimiento de nuestro deber, para manifestarle que el finado la deja en herencia el palacio que poseia en ese concejo y ochenta mil pesos fuertes en metálico.»

Tal era la parte sustancial de la carta.

—Que sea enhorabuena! que sea enhorabuena, Teresa! exclamaron todas las vecinas llorando de alegría.

—Yo bendigo, exclamó Teresa, á quien tales riquezas nos deja en herencia; yo le bendeciré siempre, pero mas le quisiera vivo que muerto!

Pedro, que acababa de saber que Ignacio habia llevado á su casa una carta de América, llegó en aquel instante bajo el emparrado.

—Hijo! exclamó Teresa, ha muerto nuestro bienhechor, dejándonos en herencia el palacio y ochenta mil pesos en dinero.

—Ha muerto....! exclamó Pedro prorumpiendo en sollozos.

Y su madre se avalanzó á él estrechándole en sus brazos y exclamando á su vez:

—Ah! bien decia yo que el hijo de mis entrañas no era malo!

Una alegría infinita iluminó las angélicas y pálidas facciones de Rosa.

La joven había notado, como Teresa, que Pedro antes de fijar la vista en el legado, la fijaba en el legatario para llorar su pérdida.

— ¡Ha muerto, sí, dijo una de las vecinas. pero los duelos con pan son menos. Ya sois ricos, Pedro, ya sois ricos!

Entonces fué cuando Pedro pensó en la herencia.

— ¡Madre! exclamó radiante de alegría, ya acabaron mis tristezas; ya puedo realizar mi eterno sueño de recorrer el mundo!

Al oír estas palabras, Teresa exhaló un profundo suspiro, y ella y Rosa cayeron tras-pasadas de dolor y hechas un mar de lágrimas sobre un poyo que había á la puerta de la casa.

Ambas eran en aquel instante mas desventuradas y pobres que nunca!



SEGUNDA PARTE.

I.

Ya tenemos á Pedro con un pie en el estribo, dispuesto á emprender el viage universal con que empezó á soñar así que empezó á *regenerar* su alma en la biblioteca del indiano.

¿Encontrará el paraíso de sus sueños en los países que va á recorrer? Las montañas de Suiza, los castillos feudales de Alemania, la filantropía inglesa, los monumentos de la ciudad eterna, las mugeres de Oriente, las ruinas de Atenas y las instituciones del nuevo continente, ¿le parecerán desde cerca tan bellas como desde lejos? Sus ojos que desde lejos todo lo poetizan, ¿lo vulgarizarán todo desde cerca?

Sigámosle en su viage espiondo y analizando las emociones de su corazón, que nuestro estudio, aunque superficial y falto de la

filosofía que el asunto requiere, no será del todo inútil hoy que tanto abundan las almas no comprendidas, y hoy que tan torcida interpretación se dá á las palabras de Jesús: «Nadie es profeta en su patria.»

Pedro se dispone á abandonar el valle nativo. Ya nadie se opone á su partida, porque todos se han convencido ya de que sus consejos, sus súplicas y sus lágrimas, no bastan á quebrantar su resolución, y porque el señor cura, el mas conocedor del corazón humano entre los habitantes del valle, opina que en la homeopatía, en el *similia similibus curantur* de los médicos, está la única esperanza de curar á Pedro.

Todos lloran al darle la despedida, pero él permanece sereno. Su madre le entrega un santo escapulario que asegura ha de protegerle de todo peligro; y Rosa, al estrechar su mano, coloca en el dedo pequeño del manco una modesta sortija, adornada con pelo de sus doradas trenzas, que llevaba en su dedo del corazón.

Entonces es únicamente cuando una lágrima asoma á los ojos de Pedro, probando que su corazón no ha muerto aun para su madre y su amada!

Ignacio, excelente muchacho que nunca abandonó el valle sin sentir su corazón oprimido de tristeza, le acompaña con una caballería hasta Bilbao, donde Ignacio se vol-

verá atrás y Pedro se proveerá de cuanto necesite para continuar su viage.

Ya se alejan del concejo. Al llegar á una colina donde van á perder completamente de vista el blanco campanario de la aldea, escondida entre nogales y cerezos. Ignacio, que va á hacer un viage de cinco leguas, vuelve la vista, se para y lleva el reverso de la mano á sus ojos arrasados en lágrimas. Pedro que va á recorrer el universo, lo nota y suelta una burlesca carcajada.

¡Dices, alma mía, que las lágrimas de Ignacio, aunque hijas de una sensibilidad algo exagerada, eran perlas de valor inestimable? Yo no te diré que sí ni te diré que no, pero has de saber que quiero mas la ternura de la ignorancia que la sequedad de la sabiduría. Caminito de Bilbao van dos civilizaciones: la de los valles y la de las ciudades. Escoge la que mas te plazca, que yo busco una que tenga por pedestal un libro y por corona un manojo de espigas.

Pedro se acercaba al fin á los Pirineos. Iba á evocar en Roncesvalles las sombras de Bernardo del Carpio y de Carlo Magno y sus doce Pares! Iba á oír la bocina de Roldan! Iba á contemplar las blancas hosiamentas de las despedazadas legiones francas! Iba á ver alzarse, iluminada con la sonrisa del triunfo, la magnífica figura de aquel bravo *echeco-jauna* del *Canto de Altovizar*! Iba,

en fin, á encontrar enredados en los espinos, los girones del manto rojo del emperador de los francos!

— Díganme Vds, preguntó á unos labradores en Roncesvalles, ¿dónde se dió la famosa batalla?

— ¿Qué batalla? preguntaron á su vez los labradores.

— Aquella en que el hijo de Jimena hizo huir sin manto ni corona al arrogante emperador de los francos.

Los labradores se encogieron de hombros como si les hablasen en griego.

— Ah! exclamó al fin uno de ellos; ¿vé V. aquel pico hendido por la carretela? Pues, según cuentan los antiguos, allí hubo una gran batalla en tiempo de los moros.

Pedro siguió su camino murmurando:

— En tiempo de los moros....! Qué gentes tan ignorantes y tan vulgares....! Bien se conoce que todavía estoy entre españoles.

Al llegar al pie del Altovizar preguntó á un muchacho que apacentaba unos bueyes en un prado inmediato al camino.

— ¿Dónde está el desfiladero que llaman la bocina de Roldan?

— ¿Vé V. aquellas rocas negras? Pues allí está.

— ¿Quieres guiarme allá y te daré una buena propina?

— Aunque me diera V. el oro y el moro,

contestó el muchacho. Templados están los gabachos para que vayamos á visitarlos los del valle....!

Pedro no quiso detenerse á oír la esplicacion de estas palabras, porque acababa de convencerse de que mientras se dirigiera á españoles no oiria mas que sandeces y vulgaridades.

Por fin llegó al sitio donde presumia haberse dado la gran batalla, pero necesitaba un guia para no esponerse á tomar el bramido de alguna baca por el sonido de la bocina de Roldan.

Unos pastores estaban comiendo el rancho al pie de unos árboles cercanos, y se encaminó hácia ellos.

—¿Me dan Vds. razon, les dijo antes de llegar, del sitio en que fueron derrotados los doce Pares de Francia?

Los pastores, por única contestacion, prorumpieron en juramentos contra los españoles; tomaron cada uno su cayado y se lanzaron en ademan amenazador al encuentro de Pedro.

Este, viendo que la cosa iba mal, puso pies en polvorosa, dejando caer la capa y el sombrero como Carlo-Magno el manto y la corona.

Los pastores continuaban tras él, y ya se iba á rendir reventando de cansancio y ensangrentadas sus manos y su cara con el roce

de los espinos, cuando acudió en su auxilio un hombre que, armado de escopeta, andaba por allí de caza, y que ahuyentó á los pastores amenazándolos con una perdigonada si no volvian pies atrás.

—¡Pero señor, exclamó Pedro, entre qué gentes estamos! Pregunto á esos bárbaros dónde fueron derrotados los doce Pares de Francia, y enarbolan los cayados como si les hubiese llamado perros judios! En mi aldea se contesta rústicamente á los forasteros, pero se les daría el alma y la vida si las necesitasen.

—Caballero, dijo el cazador, no debe V. estrañar lo que han hecho esos majaderos. Son franceses, y los españoles les están quemando la sangre continuamente con eso de los doce Pares y Cárlo-Magno. Precisamente estos dias han sido mas insultados que nunca y han creido que V. venia á repetir el insulto.

—Yo lo único que queria era recorrer esos sitios que encierran tan grandes recuerdos históricos. Si V., que tan bien se ha portado conmigo, quisiera acompañarme á esos sitios, me haría un nuevo favor que le agradecería tanto como el primero.

—Déjese V. de tonterias, caballero. Ahí no encontraria V. mas que peñas y matorrales; se espondria V. á que esos muchachos pensasen que trataba V. á toda costa de insultarlos, y tal vez mi escopeta fuera ya im-

potente para defenderle á V.

—Pero la historia de los viages habla á cada instante de peligros que han arrojado los viajeros en una útil investigacion arqueológica ó botánica, ó simplemente por satisfacer su curiosidad. Ahí tiene V. á su compatriota Chateaubriand, que bajó al cráter del vesubio....

—¡Qué cráter ni qué calabazas!.... Si va V. á hacer caso de todo lo que se escribe...! V. por lo visto viaja con objeto de divertirse?

—De divertirme y de ilustrarme.

—Pues entonces tuerza V. á la izquierda y bájese á Bayona, que justamente mañana empieza allí la feria y se divertirá V. de lo lindo.

Pedro se decidió al fin á seguir el consejo del cazador, y llegó sin detenerse á Bayona.

Conforme se acercaba á esta ciudad, habian llamado su atencion infinitas muchachas que se encaminaban tambien á Bayona, ostentando hermosísimas trenzas de pelo cuidadosamente peinadas y adornadas con vistosos lazos.

Tomó habitacion en una fonda, se puso hecho un Gerineldo y salió á visitar la ciudad.

Desde su habitacion habia visto unos hombres que recorrian las calles con unos grandes sacos al hombro, gritando:

—A quién se lo corto! á quién se lo corto!

Aquellos hombres y aquellos gritos habian escitado vivamente su curiosidad. Al atravesar una plaza, viendo unos grupos de aldeanas y de hombres semejantes á los que habian llamado su atencion, se dirigió á ellos.

El hijo de las nobles Encartaciones, donde el que escribe estas páginas ha visto á una jóven enfermar y morir de tristeza por haber perdido su hermosa caballera, donde dos largas trenzas de pelo inspiran mas vanidad á las muchachas que todas las riquezas del mundo; donde el galan siente tanto placer acercando sus labios á una hermosa trenza de pelo como acercándolos á una rosada mejilla, y donde la cabellera femenina se considera como un destello de la inteligencia que reside en la cabeza á que sirve de corona; el hijo de las Encartaciones, vió con horror que una porcion de frescas y hermosas aldeanas consentian sin dolor, y por algunos francos, que unas hediondas tijeras manejadas por una mano mas hedionda aun, despojaran su cabeza de una cabellera dorada como el cabello del maiz ó negra como la endrina!.... Y lo que le asombró mas aun y hasta le indignó fué la fria indiferencia con que las madres y los novios de aquellas muchachas presenciaban tan bárbaro sacrificio.

Pedro recordó entonces lo que nosotros acabamos de recordar; Pedro recordó el infinito orgullo con que en su aldea trenzaban

las madres la cabellera de sus hijas y contemplaban los mancebos la cabellera de sus amadas; Pedro recordó las dos hermosas trenzas, unidas en su extremo inferior con un lazo de color de cielo, que partían de la linda cabeza de Rosa, y llevó á sus labios con emoción la sortija que le había regalado su amada.

Apartando la vista de aquel repugnante espectáculo, volvió á su posada decidido á abandonar la ciudad inmediatamente. Mas aun: se decidió á no detenerse en el suelo francés, á pesar de que la doncella de Orleans y los héroes de *Nuestra Señora de París* y del *Judio errante* desempeñaban un gran papel en su olimpo.

Ah! se dijo al salir de Bayona, ya me esplico perfectamente todo lo que me ha pasado desde que pisé el territorio francés. Es que en vez de empezar el Africa en la frontera meridional francesa, empieza en la septentrional y los franceses lo callan por modestia.

II.

Pedro cumplió su propósito de no detenerse en territorio francés.

Ya le tenemos en Suiza; ya va á recorrer aquellas poéticas montañas embellecidas con los recuerdos del libertador Guillermo Tell y de Carlos el Temerario; ya va á es-

tasiarse contemplando aquellos imponentes ventisqueros, aquellas magnificas cascadas, aquellos lagos azules y aquellas risueñas que-serias que con tan seductores colores han pintado los poetas franceses y alemanes. Pien-sa permanecer en aquel romántico y encan-tador pais la mayor parte del verano y hasta teme y á la vez desea que le cautiven los ojos de alguna de aquellas bellisimas mon-tañasas que en su concepto deben atesorar, armónicamente combinados, el ardiente é im-petuoso amor de la raza latina y el purísimo y delicado sentimiento de la raza germana.

Al pisar los montes de la antigua Helve-cia, Pedro experimentaba un sentimiento muy parecido al que debe experimentar el fervo-roso cristiano familiarizado con las santas Es-crituras, al pisar los montes de Judea.

Un terrible ventisquero se presentó á su vista. De vez en cuando una ráfaga de viento silbaba en las cumbres de los Alpes y poco despues una enorme *avalancha* se precipitaba al valle con espantoso ruido. El corazon de Pedro latia con violencia ante aquel magní-fico espectáculo.

Arrastrado por la curiosidad, nuestro en-tusiasta compatriota se fué acercando al valle á donde descendian aquellas enormes masas de nieve congelada.

De repente oyó sobre su cabeza un ruido semejante al de un prolongado trueno y rueda

por los profundos abismos que se abrían á sus pies, envuelto en un Océano de agua y nieve. Una avalancha le habia sorprendido y su vida corria inminente peligro.

Pedro, haciendo desesperados esfuerzos para salvarse, invocó á la Virgen representada en el santo escapulario que pendia de su cuello, invocó el nombre de su madre y hasta el de Rosa resonó en sus labios.

Al fin pudo asirse á unas ramas que bordeaban el torrente y ponerse en salvo, pero empapado de agua y lodo, tiritando de frio y molido su cuerpo como si los cayados de los pastores del Pirineo hubiesen llegado á caer sobre él.

Los ventisqueros, que tan bellos le habian parecido desde la biblioteca del Indiano, le inspiraban ya profundo horror, y no pudo menos de comparar los riesgos que en las montañas de Suiza ofrecia la contemplacion de la naturaleza con la seguridad que la misma contemplacion ofrecia en las montañas de las Encartaciones.

—Contentémonos, se dijo, con espectáculos mas pacíficos, con emociones mas bucólicas. Busquemos las blancas y limpias queserías habitadas por montañesas inocentes y hermosas como la virgen de Underwal, contada por el sublime d' Arlincourt, los tranquilos lagos y las tradiciones populares que deben conservar en estas montañas el recuerdo de

Arnoldo, de Werner, de Furst, de Tell, de todos esos héroes que libraron á la Helvecia del tirano Gesler.

Pedro divisó al fin una quesería y se encaminó á ella.

En la quesería encontró unas muchachas descalzas de pie y pierna, sucias y desgfeñadas. Al verlas, se acordó de Rosa, que comparada con las montañesas suizas, le pareció una rosa de Alejandria comparada con un cardo borriquero.

—Qué decepcion! exclamó empezando á estrangerizarse, pero la sabrosa leche que aquí me servían me desquitará de todo.

Sentóse á una mugrienta mesa y pidió un vaso de leche que le sirvieron inmediatamente.

Parecióle que la leche estaba ágría y que en los bordes del vaso campeaban unos cuantos pelos de vaca ó sabe Dios de qué.

Pedro separó el vaso de sus labios con asco é indignacion y se resignó á dejar con vida el hambre que empezaba á atormentarle.

— Ah! se dijo, quién tuviera aquí aquella mesita cubierta con un mantel tan blanco como la nieve y provista de una fuente de limpia y fresca y azucarada leche que mi madre solia prepararme bajo el emparrado de la puerta de mi casa! La mujer mas desaseada de S... no ha servido jamás un vaso

de leche sin colarla antes por una blanca pañada (1) ó un fresco manojito de helechos!

Pedro tuvo que dar por aquel vaso de leche, en su concepto sucia y corrompida, diez veces mas de lo que le hubiera costado en su aldea un vaso de leche limpia y fresca, y como se quejara de lo mal que se le habia servido, faltó poco para que le midiera las costillas con una estaca un tozudo montañés que á su salida apareció en la puerta de la quesería.

Recorriendo luego los lagos de Zurich y otros, estuvo á punto de abogarse y cogió unas tercianas, por lo cual tomó horror á los lagos y se decidió á contentarse con las tradiciones populares de los cantones de Uri, Schwitz y Underval, tradiciones que esperaba hallar hasta en boca del mas rústico campesino.

—Dígame V., buen montañés, preguntó á un hombre que conducia una vacada, ¿qué tradiciones populares hay en este canton?

—Yo no entiendo lo que es eso, contestó el vaquero.

—Quiero decir si conservan los moradores de estas montañas recuerdos de los héroes que los emanciparon de la tiranía austriaca en el siglo XIV.

—Qué catorce ni qué quincel yo no entiendo de lectura y por lo tanto me quedo

(1) Servilleta.

en ayunas de lo que V. dice.

—Jesus! Jesus, qué gentes tan brutas! murmuró Pedro alejándose del vaquero. Al menos en las Encartaciones tienen hasta los mas rústicos algunas nociones de la historia local, siquiera confundan las épocas y allí donde hay una fortaleza fundada por los mantenedores de los bandos *oñocino* y *gamboino*, vean una fortaleza fundada por los moros, aunque estos señores no pisaron el suelo vascongado.

Mas adelante tropezó con un leñador que le pareció hombre mas despejado.

—Oiga V., buen amigo, le dijo, ¿qué tradiciones se conservan aquí del heroico Guillermo Tell?

—Guillermo? replicó el leñador con estrañeza. Yo no conozco á ese caballero.

—¿Es posible que V. ignore....

—Ah, ya caigo! dijo el montañés dándose importancia. Pregunta V. por el rey de Prusia Federico Guillermo? Buen ajo van á armar el mejor dia por sus intrigas los realistas y los republicanos de Meufchatel.

Pedro volvió la espalda al leñador renegando de Suiza, de los suizos y hasta del dia en que puso los pies en aquellas montañas, que comparadas con las de Vizcaya, le parecian el infierno comparado con el cielo.

En seguida se dirigió á Alemania.

Si el que escribe la historia de sus viajes

hubiera estado entonces á su lado, le hubiera dicho al oído:

—Perico, no seas tonto, vúelvetete á S.... que en ninguna parte vas á encontrar lo que buscas. Así como tu antejo tiene la propiedad de engrandecer las cosas desde lejos, tiene la de empequeñecerlas desde cerca.

Pero como nadie le dijo esto y su quijotesca fantasía le decia lo contrario, tomó por el Rhin abajo.

Ni en las orillas del Rhin ni en las del Mayn, ni en las del Elba, ni en las del Oder, ni en las del Danubio encontró sílfidas ni wilis.

Vió muchos castillos de morgraves y palatinos y al penetrar en ellos se encontró con fábricas de cerveza donde los sesudos filósofos alemanes cogian cada chispa que llamaban á Cristo de tú.

Bajo los fresnos y las hayas buscó aquellos bailes pastoriles y aquellas vírgenes de ojos de cielo y de cabellera de oro, que habia visto en las baladas alemanas, y encontró lo que en todas partes se encuentra:

Muchachas rubias y muchachas morenas.

Muchachas lindas y muchachas feas.

Muchachas emperregiladas y muchachas háraposas.

Muchachas inocentes y muchachas con mas picardías que granos un costal de trigo.

Y dijo muy atufado:

—Para este viage no necesitaba yo alforjas. ¡Ay aldea de mi vida, madre de mi alma y Rosa de mi corazón! Mas valeis vosotros que toda la Alemania y todas las alemanas juntas! Pero á fé que Grecia me hará olvidar muy pronto este nuevo desengaño.

Y se encaminó á la patria de Homero.

III.

Grecia dió otro solemnísimo chasco al pobre Perico. Por la misma razón que la había soñado mas grande de lo que es en realidad, la encontró mas pequeña de lo que en realidad es.

En Atenas oyó hablar de ferro-carriles y deuda consolidada y se le cayó el alma á los pies.

En las riberas del Eurotas le sucedió dos cuartos de lo mismo al oír á unos soldados entonar la marsellesa.

En Esparta no encontró un ciudadano que se atreviese á acompañarle al paso de las Termópilas defendido á la sazón por un perro rabioso que enseña los dientes á los viajeros.

En Chipre sorprendió á un tabernero bautizando el vino.

En el Olimpo encontró una fábrica de guano y tuvo que echar á correr tapándose las narices.

En el Helicon creyó morir de sed porque

aunque encontró una fuente, estaba bebiendo en ella un borrico y no quiso beber con él, que eso se queda para Alejandro Dumas.

En el Citeron llevó un terrible gazañazo de una muchacha con quien se propasó tomándola por Venus.

Y en el Pindo encontró á un poeta haciendo endecasílabos de catorce sílabas.

—Reniego, exclamó, de Grecia y de sus siete sábios, que si en Vizcaya abundan los ignorantes, al menos no niegan su ignorancia.

Si yo hubiera estado al lado de nuestro paisano cuando pronunció estas palabras, no hubiera dejado de decirle:

—Perico! Perico; no escupas al cielo que te caerá la saliva en la frente. Mira que tú no eres griego y si no te tienes por sábio, tampoco te tienes por ignorante!

Pedro se encaminó á Constantinopla.

—Allí, decía, allí si que voy á gozar, observando costumbres diametralmente opuestas á las de esta caduca y prosáica Europa! Las mujeres de ojos negros y tez morena, ródadas perpétuamente de sublime misterio en el fondo del harem! El pueblo, aunque equivocado en sus creencias religiosas, siempre fervoroso y austero creyente! El idioma no inficionado aun por el galo que todo lo invade y todo lo reduce á prosa! El traje rñido con estas ridículas fundas que llamamos pantalon y frac! Y hasta las viandas y

las bebidas exentas del grosero y vulgar tocino y del vino embrutecedor y chavacano...! Constantinopla de mi alma, que para mí no tienes mas defecto que el haber renegado de tu poético nombre de Bizancio ¡cuánto voy á gozar en tí! ¡cuánto me voy á desquitar en tu recinto de los atracones de prosa que me he dado en los países cristianos!

Pedro descubrió al fin á Constantinopla. Sus cúpulas le dieron ya mala espina.

—Ave María, exclamó al verlas, ¡qué torres mas ridículas! Tan peladas y tan redondas que parecen calabazas colocadas sobre pucheros! Al menos el campanario de la Iglesia de mi aldea tiene su cruz y su veleta y es de una forma tan esbelta que da gusto el verle.

Apenas puso el pie en las calles de la metrópoli mahometana, tropezó con una porcion de mujeres á quienes se podia cantar aquello de

Ponte un alfilerito
en el pañuelo, etc.

Una de ellas le dijo en francés:

—Adios, hermoso!

Un ministro del sultan le convidó á comer el dia siguiente.

El Anfitrión, que segun era público y notorio en Constantinopla, se iba á calzar las mejores huris del paraíso, hizo boca con unas rajitas de salchichon de Génova y un buen

trinquis de Jerez. Luego sirvieron á la par un platito de lomo y otro de judias y el musulman se apropió el lomo y arrimó las judias al cristiano.

En seguida tuvo el turco la galanteria de enseñar al extranjero su harem. Allí vió Pedro una coleccion de rubias que le hicieron santiguar de asombro. El musulman notó su estrañeza y le preguntó la causa.

—Es, contestó Pedro temeroso de que el turco se viera acometido de un acceso de celos y echara mano á la charrasca, es que yo esperaba hallar aquí jóvenes morenas que me gustan mas que las rubias.

—Qué, no le gustan á V. las rubias?

—Pchel.... no es cosa.

—¡Ah! pues no sabe V. lo que es bueno. Un poquillo volubles suelen ser, pero donde están un copito de oro y unos ojitos azules.... Huy! me hago tiestos!....

Esta salida de pie de banco acabó de dejar al pobre Pedro mas frio que un carambano; pero le dejó aun mas lo que sucesivamente fué viendo.

Vió en Constantinopla á los austeros musulmanes, no solo comer salchichon y beber Jerez, sino tambien comer tocino gordo y echarse al cuerpo cada copa de vino tinto y aguardiente que cantaba el misterio.

Vió turcos con pantalon y frac y sombrero de copa alta, y turcas con vestido de indiana

y miriñaque.

Y vió otras mil cosas tan prosáicas y tan vulgares que le hicieron salir mas que á paso de Constantinopla renegando hasta del zancarron de Mahoma.

—Está visto, dijo, que en este viejo y caduco y envilecido continente no hay mas que prosa. Ya voy viendo que si en él hay algun olimpo sin fábrica de guano, ese está en mi aldea. A la virgen América me voy, que allí encontraré al fin y al cabo lo que busco. Palestina, Rusia, Italia, idos enbora-mala que no quiero visitaros porque temo que me deis nuevos desengaños.

Al dia siguiente acabó de afirmarse en está resolucion leyendo en un periódico el anuncio de una fábrica de papel continuo que acababa de establecerse en el Cedron.

Pedro cruzó el Mediterraneo en un buque inglés fletado para Nueva-York, pero que debia hacer escala de algunos dias en Lóndres.

Esta última circunstancia no disgustó á nuestro viajero porque se hizo esta cuenta.

—Inglaterra me ilusiona muy poco despues de lo que he visto en Europa: pero la visitaremos á ver si la circunstancia de estar aislada de este continente ha conservado en ella algun resto de poesia.

Veamos como va á Pedro en Inglaterra.

IV.

Nuestro viajero, que llevaba consigo una buena coleccion de libros, recurrió á la lectura para hacer menos pesada la larga travesia desde los Dardanelos al canal de la Mancha.

Naturalmente se fijó primero en los libros que tenian relacion con el primer pais en que iba á desembarcar. Cuando llegó al estrecho de Gibraltar, cuando se acercó á las costas de España, tuvo tantos deseos de volver á poner el pie en su patria como los habia tenido al abandonarla cuando atravesó el Pirineo. Sin embargo, resistió aquella tentacion porque ya bendecia la casualidad que le conducia á Inglaterra; ya Walter-Scott, Goldsmith, Moore, Shakespeare, Milton y Byron habian rejuvenecido su alma; ya se estendia sobre las islas británicas aquella dorada nube en que sus ojos las contemplaban envueltas desde las Encartaciones; ya habian renacido todas sus esperanzas y todas sus ilusiones.

El buque entró por fin en el Tamesis.

Pedro dirigia con avidez la visita á una y otra orilla del rio buscando la realidad de sus sueños.

En todas partes se alzaban negras columnas de humo y en todas partes rugia el va-

por y resonaba el martillo.

En todas partes las artes y la industria reinaban como absolutas señoras.

Y en todas partes hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, cooperaban á dar á la Gran Bretaña el título de reina de las artes y del comercio.

Este título que tan bello nos parece á nosotros, no debía parecer muy envidiable á Pedro, que frunciendo cada vez mas el ceño iba por el Támesis arriba comentando cuanto se presentaba á sus ojos con estas breves palabras:

—Prosa!... prosa!... prosa!... vil metal!... mezquina sed de riquezas!

Apenas desembarcó en Lóndres se dedicó á recorrer aquella gran ciudad.

Habláronle de un lord escocés muy ilustrado y se apresuró á hacerle una visita.

—Qué me dice V., le preguntó, de su paisano Walter Scott, del gran pintor de las costumbres de Escocia?

Por primera contestacion el lord le redujo á libras esterlinas el fruto que el autor de *Ivanhoe* habia sacado de sus inmortales poemas.

Pedro lo oyó con indignacion y volvió la espalda al lord.

Contáronle luego que otro escocés, avecinado en la capital y muy aficionado á perros, conservaba uno descendiente por linea recta del que acompañaba al gran novelista

por las montañas de Escocia.

Pedro, lleno de alegría, fué á ver aquel ilustre animal con ánimo de comprarlo aunque fuese á peso de oro.

Al entrar en el parque del escocés, un enorme perro salió á recibirle é hizo presa en sus pantorrillas.

—Suelta, suelta, Walter-Scott! gritó al animal el perrero.

El noble can obedeció y Pedro lleno de desencanto volvió pies atrás maldiciendo de los perros descendientes del de Walter-Scott y hasta de Walter-Scott mismo.

Tropezó luego con un propietario de Jersey que le manifestó contaba entre sus propiedades la casa en que se albergó Carlos II cuando el hacha de Cromwel amenazaba aun su cabeza.

La alegría de Pedro no tuvo límites.

—Envidio á V., dijo al isleño tan precioso tesoro!...

—No debe V. envidiármele, contestó el propietario de Jersey: he dedicado mi finca á criadero de cerdos y los malditos animales, á fuerza de ozar los cimientos, me han arruinado el edificio.

Este nuevo desengaño puso en boca de Pedro aquella enérgica imprecacion del autor de los *Ecos nacionales*:

«Albion! maldita seas!»

Al dia siguiente asistió á una sesion de la

cámara de los lores y lloró como un cbiquillo oyendo á lord Shark-Fellow condenar *la explotación del hombre por el hombre*.

La fé, que le habia abandonado, renació en su corazon, y al oír á aquel filántropo se preparó á continuar sus investigaciones.

Dirigióse á uno de los condados, y como se presentase á su vista una gran fábrica de productos químicos, se apresuró á visitarla.

—Aquí veré, se dijo, centenares de honrados trabajadores en cuyo rostro se reflejará la salud y la alegría, que son la consecuencia del trabajo.

En efecto, centenares de trabajadores tenían ocupacion en aquel establecimiento; pero al verlos, Pedro se estremeció de horror: la muerte estaba pintada en el rostro de aquellos infelices, cubiertos de harapos y consumidos por el hambre y las emanaciones deletéreas que aspiraban continuamente.

—¿Cómo, preguntó nuestro viagero á su guia, cómo esos desdichados no procuran neutralizar la nociva influencia de la atmósfera que respiran, con vestidos cómodos y aseados?

—Tomaran neutralizarla, contestó su guia, con alimentos, si no delicados, bastantes á acallar el grito de su estómago....

—¿Qué! su trabajo no les produce....

—No les produce mas que para un poco de pan negro y unas patatas.

—¿Y quién es el inhumano dueño del es-

tablecimiento?

—El poderoso lord Shark-Fellow.

—El que ayer me hizo llorar condenando *la explotación del hombre por el hombre!* exclamó Pedro indignado.

—Abandonemos, añadió saliendo de la fábrica, abandonemos las poblaciones comerciales y fabriles, donde no hay mas que sed de riquezas, viles guarismos, secas y desconsoladoras matemáticas. Oh! mi noble país, qué santa juventud respiras comparado con este! En ti si que existen la igualdad y la filantropía, aunque tus moradores no conocen estos nombres. Aquellos millares de padres de familia que ganan el sustento estrayendo el fierro de tus montes de Triano y carbonizando tus bortales de Revéniga y la Barrieta, muestran cubierta de sudor la frente, pero no muestran el semblaate marchito por el hambre y la desnudez y un ambiente envenenado. Tus honrados propietarios sientan á su propia mesa al jornalero, y tus habitantes, pobres y ricos, fuertes y débiles, hacen fructificar con el sudor de su frente los campos del vecino enfermo (1).

(1) En el país vascongado existe en efecto esta santa costumbre. El cura párroco se vuelve desde el altar á sus feligreses y les dice:

—Ya sabeis que Fulano está enfermo y sus heredades sin sembrar. El domingo, si Dios quiere, se celebrará la misa al salir el sol en vez

Abrumado Pedro con estas reflexiones, llegó á una pobre aldea, cuyo aspecto fortaleció aun mas el recuerdo de la suya.

Aquella aldea tenia tambien su iglesia, á la que dos sonoras campanas llamaban á los aldeanos.

El corazon de Pedro se rejuveneció, digámoslo así, con aquellos recuerdos, con aquel espectáculo, y con el toque de aquellas campanas.

Dirijióse al templo, porque tenia necesidad de orar, de levantar el pensamiento á Dios, y hasta de invocar al pie de los altares el nombre de su madre y el de su amada; pero de repente oscureció su rostro la tristeza. No se le habia ocurrido hasta en-

de celebrarse á las diez. Oidla, y despues id todos á ayudar al pobre Fulano, que Dios nos ha hecho á todos hermanos, y el sudor que derrameis en las heredades de vuestro vecino será tambien un riego bendito para las vuestras.

El domingo próximo oyen misa los habitantes del valle al despuntar el sol por altos montes cercanos, y en seguida se trasladan pobres y ricos, chicos y grandes, mujeres y hombres á los campos del vecino enfermo, que quedan sembrados cuando el sol desaparece tras las montañas. La fiesta que otros domingos alegraba el nocedal de la iglesia, fué aquel domingo á alegrar las heredades del pobre enfermo, que estaban tristes viéndose sin el cultivo que alegraba á sus hermanas.

tonces que aquel templo no estaria consagrado al culto católico. Un aldeano, á quien interrogó, vino á confirmar sus sospechas: aquella iglesia pertenecia al culto anglicano.

Pedro lloró de dolor. Hubiera dado diez años de vida por poder arrodillarse en aquel instante á los pies de la Santa Virgen, cuyo altar tantas veces habia adornado su madre con rosas coronadas de lágrimas de dolor ó de alegría.

Instintivamente alzó los ojos al cielo, y luego, llevando á sus labios el escapulario que le habia dado su madre, le cubrió de besos y de lágrimas.

Quiso alejarse del templo anglicano; pero al fin se decidió á entrar en él, considerando que si allí no podia desahogar el sentimiento religioso, al menos podria satisfacer el sentimiento estético.

Entre aquellos seductores fantasmas que le habian hecho abandonar el valle nativo, figuraba el sacerdote anglicano, tan bello en los libros de Goldsmith y Scott.

Pedro penetró en el templo, creyendo bailar ante sus altares el delicioso trasunto del vicario de Wakefield.

La forma material del templo llenó de frio y desconsuelo su corazon. La sacrilega mano del iconoclasta habia profanado sin duda aquellos altares, donde faltaba la imágen de los bienaventurados que decora y santifica los

templos católicos.

Pedro volvió á su aldea los ojos del pensamiento y recorrió con ellos los altares á cuyo pie quizá en aquel instante oraban por él su madre y su amada. ¡Qué bella, qué consoladora, qué santa le pareció entonces la iglesia de su aldea!

—Dios, se dijo, mostró á Jacob en forma material la escala del cielo, porque la débil inteligencia humana necesita un apoyo material para levantar el edificio de la fé. Sacrilegos innovadores de la primitiva iglesia, santificada con la sangre de los mártires y embellecida con el misterio y las tribulaciones de las catacumbas, vuestra doctrina es una monstruosa contradiccion. Las imágenes que decoran los templos católicos no son mas que la parábola querida de Jesus. Si conservais la parábola en la Biblia ¿por qué no la conservais tambien en el templo? Oh madre! qué desventurada fueras si esas sencillas parábolas no te revelaran todos los dias en el templo de tu aldea los misterios y la hermosura del cielo! Cuando herida en tu corazón de madre vas al templo á demandar consuelos, allí encuentras una madre dolorosa que te comprende y te ampara, y allí encuentran tambien la desconsolada Virgen y el niño desamparado, una Virgen y un niño que calman sus tribulaciones. Vuestra fé anima los ojos de la Virgen madre y los del

niño que descansa en sus brazos, para que os miren con misericordia!

Así murmuraba Pedro, buscando inútilmente en el templo anglicano esas hermosas imágenes que en los templos católicos tienen voz y mirada, y sonrisa para consolar al creyente.

Quiero, alma mia, evocar, á propósito de esto, un recuerdo de niñez. En el altar mayor de la iglesia de mi aldea se venera una imagen de la Virgen Maria, que tiene al niño Jesus en sus brazos.

Mi madre, que coronada de gloria esté, me dijo un dia viéndome tratar con poca caridad á un pobre que llegó pidiendo limosna á nuestra puerta:

—Hijo de mi alma, has de saber que el niño Jesus sonríe á los que dan limosna á los pobres, y no quiere sonreír á los que se la niegan.

Un pobre llegó á nuestra puerta al dia siguiente y le di un pedazo de pan que mi madre acababa de poner en mis manos. Fui á la iglesia y ví que el niño Jesus me sonreía con infinito amor.

Pocos dias despues me pidió limosna otro pobre y se la negué olvidando la advertencia de mi madre. Esta lo supo y me mandó que fuese á la iglesia y viese si me sonreía el niño Jesus.

Hicelo así y ví que el niño Jesus no me

sonreía.

Desde entonces siempre me quité el pan de los labios para dárselo al pobre, y desde entonces siempre ví la sonrisa en los labios del niño Jesus.

Pedro via desvanecidas completamente sus ilusiones respecto á los templos anglicanos, de cuya magestad tenia la mas alta idea; pero conservaba íntegras las esperanzas que los poetas y novelistas ingleses le habian hecho concebir acerca de los ministros de aquella secta.

Dirigió la vista al tabernáculo buscando ávidamente al sacerdote, y vió que este era un hombre jóven aun por los años, pero viejo ya por los padecimientos ó las pasiones desordenadas.

Pedro, optimista por naturaleza, atribuyó á la primera de estas causas la prematura vejez del párroco.

Este leia á la sazón uno de los mas bellos pasajes de la Biblia. Pedro, que admiraba y sabia de memoria aquel mismo pasaje, prestó atento oído á la lectura, pero muy pronto anubló la indignacion su rostro al notar que el cura anglicano cometia una profanacion de que habia oido hablar como muy frecuente en Inglaterra, pero que no se habia atrevido á creer: la profanacion consistia en suprimir unos versículos y amoldar otros al gusto de la secta reformada.

Pedro abandonó el templo escandalizado, y comparando la conducta de aquel párroco con la del de su aldea, que una vez creyendo hallar un leve yerro de imprenta en una Biblia que acababa de proporcionarse, con grandes sacrificios pecuniarios, no quiso hacer uso de aquel ejemplar hasta que se cercioró de que el yerro no existía.

Los oficios habian terminado y el pueblo abandonaba la iglesia. Pedro se detuvo á la puerta de esta para observar el efecto que aquellos actos religiosos habian hecho en el pueblo.

Figúrate cuál sería su admiracion cuando vió salir al párraco dando el brazo á una mujer embarazada.

Figúrate cuál sería su asombro cuando oyó á aquella mujer esclamar acribillando á pelliccos al cura, que por lo visto era su marido:

—Tunante, ¡me querras negar que durante todos los oficios no has quitado los ojos de esa bribona de tabernera por quien tienes escandalizado el pueblo y muertos de hambre á tu mujer y tus hijos!

Figúrate cuál sería su escándalo cuando vió á la tabernera lanzarse como una furia á la mujer del cura y á este ponerse de por medio y sacar el rostro ensangrentado y el traje desgarrado por las uñas de aquellas fieras que vomitaban obscenidades desternillando de risa al auditorio!

Entonces, entonces sí que se presentó á los ojos de Pedro santa y hermosa la figura del párroco de su aldea!

—Bendito seas, exclamó, bendito seas, santo ministro que representas al Señor en mi valle nativo! Tus manos sí que pueden alzar sobre el ara santa el cuerpo y la sangre del Cordero immaculado! Tus manos sí que pueden unir las del mancebo y la virgen sin mancilla! Tus labios sí que pueden predicar la castidad y el amor!

Pedro se volvió inmediatamente á Lóndres y no quiso salir de su posada hasta que lo hizo para volverse á embarcar. Inglaterra acababa de dar al traste con el cielo que su imaginacion se habia forjado en Europa.

—Maldita seas, Europa! exclamó con inmensa desesperacion; pero de repente apareció en sus labios una consoladora sonrisa y brilló en sus ojos un rayo de esperanza.

—No, no, se apresuró á añadir, no quiero maldecirte, Europa; que allá, al otro lado de los montes Pirineos, veo, cada vez mas distintamente, un rinconcito del mundo que reclama mis bendiciones. Cuanto mas me alejo, mejor veo aquel rinconcito y mas hermoso me parece. Necio de mí, Europa, que oyendo proclamar todos los dias tu decrepitud y tu degradacion, no creí en ellas! ¡Oh virgen América, tierra bendita de la libertad, ábreme tus brazos, que allá voy á re-

frescar mi corazón y á dilatar mi inteligencia!

Pedro se encontró al fin en las soledades del Atlántico.

V.

Nuestro viajero no tuvo el gusto de admirar la magestad de los mares durante la travesía de Inglaterra á los Estados-Unidos, porque una espesísima niebla se lo impidió constantemente.

Al desembarcar en Nueva-York, como que entraba en un país regido por instituciones patriarcales, no tomó aquellas precauciones de seguridad que habia tomado al entrar en las capitales de Europa, y hé aquí que sin saber cómo, le robaron un hermoso reloj que habia comprado en Londres.

Averiguó quién era el ladrón y le citó ante la autoridad. El ladrón se apresuró á regalar el reloj al magistrado, quedándose con la cadena que era alhaja también de mucho valor, y el magistrado condenó á Pedro al pago de las costas y á indemnizar al ladrón con una fuerte suma de los perjuicios que moral y materialmente le habia causado con su calumniosa acusación.

Si el alcalde de S... hubiera oído lo que con este motivo dijo Pedro de él, á pesar de su modestia, hubiera reventado de orgullo.

Para ahuyentar su mal humor, aquella no-

che se fué Pedro al teatro. Al volver á su posada, le acometieron unos hombres en una de las calles mas públicas, le maltrataron y le robaron cuanto llevaba.

Al contar este percance en la fonda, le dijo el fondista:

—Pero hombre, ¿á quién le ocurre salir de casa de noche sin un par de revolvers de seis tiros cada uno? Saliendo desarmado, claro es que le habian de robar á V. los agarrotadores.

—¿Y quiénes son los agarrotadores?

—Los que le han robado á V.: unos cuatro ó cinco mil bandidos que pueblan de noche las calles de Nueva-York y agarrotan al que no les entrega cuanto lleva consigo ó no los ahuyenta á tiros.

—Pero ¿y la policía, Dios mio? ¿Y las leyes protectoras....

—Qué policía, ni qué leyes! ni qué cuerno! Las leyes represivas, ó protectoras, que todo viene á ser uno, significan algo en los países que gimen bajo el yugo del despotismo, pero son una letra muerta aquí donde la libertad es tan amplia y tan hermosa que alcanza hasta al ladron y al asesino.

—Si esa es la libertad, exclamó Pedro, maldita sea!

—Si, sí, repuso el fondista, quéjese V. que si pasa á Boston, á Baltimore, á Nueva-Orleans ó á cualquiera otra capital de la

Union, ya verá. V. lo que es bueno. Lo que nos pasa en nuestra ciudad es tortas y pan pintado.

Pedro se acordó de su valle nativo como siempre que encontraba un desengaño en la tierra extranjera: recordó que en su aldea las puertas de las casas no tienen mas cerradura que una taravilla; que los ganados pastan solos en los apartados valles, y que allí los bosques y los campos y las viñas, tienen por único guarda el sétimo mandamiento.

Mientras le preparaban al dia siguiente el desayuno, pidió el *New York Herald*, el periódico mas afamado y respetable de la América del Norte, y leyó con asombro é indignacion las siguientes líneas:

«Nuestra situacion mercantil es muy lisonjera si se tiene en cuenta la grave crisis que está atravesando el comercio en ambos continentes. Unicamente puede afectar algo esta crisis á nuestro tráfico interior si nuestros comerciantes, dejándose arrastrar por un pundonor demasiado meticuloso, saldan los grandes descubiertos que tienen en Francia é Inglaterra; pero si consideran que su propio interés y la prosperidad nacional los autorizan á desentenderse de esos compromisos, el comercio de la Union no solo tendrá cuanto necesita para el tráfico interior sino que contará para las eventualidades con un sobrante que no bajará de 400 millones de

pesos fuertes.» (1)

Al leer estas infames líneas, Pedro abandonó precipitadamente á Nueva-York horrorizado de la perversión moral que reinaba en aquella ciudad, y comenzó á recorrer los diferentes estados de la Union.

Durante esta correría, nuevos desengaños vinieron á atribular su alma y avivar su deseo de tornar al valle nativo para vivir y morir en él.

Allí se ofreció á sus ojos, en su mas repugnante aspecto, la esclavitud humana, desconocida, á Dios gracias, en Europa.

Allí vió la mas asquerosa idolatría consentida y protegida por las sábias leyes del país.

Allí leyó una lista de cincuenta y tantos asesinatos perpetrados en un solo día en una sola población (2).

Allí vió la navegacion fluvial y las vías

(1) Estas abominables líneas, estas cínicas escitaciones al robo han aparecido hace algunos meses en el *New-York-Herald* y han sido copiadas por algunos diarios ingleses y franceses, entre ellos el *Morning-Post* y *La Patrie*, para vergüenza del siglo en que vivimos y opróbio de la prensa Norte-Americana, entre cuyos órganos hubo algunos que también las reprodujeron, no para condenarlas como los periódicos ingleses y franceses, sino para adherirse á las infames doctrinas emitidas en ellas.

(2) No hace mucho que los diarios de Nueva-York han publicado esta lista.

férreas tan perfeccionadas, que las catástrofes en que pierden la vida doscientas ó trescientas personas son tan frecuentes que apenas llaman la atención pública.

Allí vió las calles y las plazas regadas todos los dias con sangre por el fanatismo religioso ó político.

Allí vió á los que aspiraban á representar al pueblo en el santuario de las leyes, anunciar en los periódicos que compraban votos á cuatro dollars cada uno y á los electores que los vendian á cinco.

Allí, en fin, un comerciante que le consideró una alhaja para los negocios y sospechó que tenia un capitalillo decente, le propuso de buenas á primeras la mano de una hija suya de quince años que estaba acabándose de educar en un colegio y que, segun decia su padre, era ya capaz de hacer pecar al casto José.

Y todo esto le hizo mirar con profundo horror á la república anglo-americana, que lejos de parecerle una virgen rica de juventud y vida, le pareció una hedionda prostituta cubierta de canas y arrugas antes de salir de la adolescencia.

En Boston se embarcó para la América del Sur. Cuando puso el pie en aquellas costas y oyó que los habitantes de ellas le saludaban en la dulce lengua de su madre, sus rodillas se doblaron y sus ojos, arrasados en

lágrimas, se alzaron al cielo. Allí por fin le abría sus santas puertas el templo católico tan bello y consolador para los que creemos que la vida no se limita á esta masa de carne y sangre que un soplo de Dios crea y otro soplo de Dios destruye.

Penetró en una iglesia y allí encontraron sus ojos la *Mater Dolorosa* que mas de una vez habia sonreido amorosamente á su madre en el templo de las Encartaciones.

Rezó, y lloró, y mezcló con el nombre de la madre de Dios el de su madre y el de su amada.

Y al clavar sus ojos en el rostro de María, le pareció que esta le sonreia amorosamente y estendia sobre él su manto!

¡Oh dulce encanto de mis ojos y de mi corazón! bien hago en confiar á tu alma pura y creyente esta pueril historia cuyo fondo se compone de creencias santas y de creencias locas! El lector despreocupado no la comprenderia y se reiria de ella, que para comprenderla y respetarla es menester tener el alma creyente y pura que tú tienes.

Pedro recorrió la América, que aun se envanece con la lengua y la fé de Castilla su noble madre. La América española le pareció una vírgen abrumada de infortunios, pero llena aun de juventud y de fé.

Y la amó porque era hermosa y desventurada.

—Oh! le dijo, qué semejanza tan grande hay entre mis dolores y los tuyos y entre tus yerros y los míos! Como yo, abandonaste á tu noble y amorosa madre para ir á buscar el paraíso de tus sueños y el desengaño te va sumiendo, como á mí, en honda melancolía. Ambos somos el hijo pródigo, que temblando de incertidumbre y remordimiento, vuelve tímidamente los ojos al desconsolado hogar de sus padres! Ambos berimos á nuestra madre en el corazón al apartarnos de ella; pero en aquel corazón aun hay para nosotros misericordia y amor. Quizá tu orgullo, mayor que el mío, por ser mas grande y mas infortunada que yo, tarde aun en rendirse, pero mas tarde ó mas temprano, ambos iremos á apoyar la frente en el desconsolado seno de nuestra madre para que una santa bendición caiga sobre ella.

Desde aquellas lejanas regiones parecía á Pedro su aldea tan bella, como bellos le habian parecido desde su aldea los países que habia recorrido de desencanto en desencanto; pero por un resto de orgullo mal entendido, ó de esperanza de realizar alguna parte de sus sueños, no estaba aun decidido á tornar al valle nativo. Las regiones australes, donde la naturaleza conserva aun toda su virginidad, figuraban en su itinerario de viaje.

Antes de emprender este quiso visitar á Veracruz para saludar con una oración y una

lágrima el sepulcro del anciano á quien debia sus riquezas.

Acercábase á la ciudad y viendo un cementerio, penetró en él con el corazón palpitante, leyó las inscripciones de muchos sepulcros, hasta que encontró una que le hizo prorumpir en llanto y doblar la rodilla: allí descansaban los restos de aquel á quien se daba en su aldea el nombre del Indiano!

Sobre la losa sepulcral se veia una rosa marchita, pero cuidadosamente conservada, y al pie de la rosa se leian estos versos de un poeta español:

¡Que adornen mi sepultura

las flores de mis montañas!

Al reparar en aquella rosa, Pedro dió un grito de sorpresa y de alegría: era la que su madre habia tomado del altar de la vírgen para regalarla al Indiano!

Posible es comprender, pero imposible pintar la profunda emocion con que Pedro contempló aquella rosa que su madre habia cultivado y tocado con sus manos y regado con sus lágrimas; que habia adornado el altar de la vírgen, á quien su madre y su amada rogaban por él todos los dias, y que por último, adornaba el sepulcro del anciano á quien él y su madre y aun todos los habitantes de su valle nativo tantas bendiciones debían.

Los versos esculpidos en la losa, que segun le dijo el guarda del cementerio, se ha-

bian puesto allí, lo mismo que la rosa, en cumplimiento de la voluntad del difunto, aquellos versos le parecían una voz que se alzaba de la tumba de su bienhechor para mandarle volver á buscar la suya en el valle donde habia recibido el bautismo.

Su resolución de recorrer las regiones australes empezó á vacilar. Besó reverentemente la rosa, derramando sobre ella copiosas lágrimas, y se dirigió á la ciudad porque deseaba ver á los testamentarios del Indiano para espresarles su gratitud y la de su madre por la religiosidad con que habian cumplido la postrera voluntad del anciano á quien acababa de dar el último adios.

Los testamentarios le entregaron una carta llegada de España hacia muchos dias. Era de su madre, que no sabiendo donde escribirle, habia sospechado que tarde ó temprano tocaria en Veracruz.

Pedro, llorando de alegría, la besó y se apresuró á leerla. Hé aquí la carta tal como era, con todas sus bellezas y defectos, que estas cosas valen mas auténticas que correctas:

«Hijo de mi alma y de mi corazón: me alegraré que al recibo de esta que me escribe el señor cura dictándosela yo, no tengas novedad. Nosotros, á Dios gracias, vamos pasando. Sabrás, hijo mio, que este año se ha cojido mucho grano, mucha fruta y mu-

cho de todo, pero todo tiene mal gusto aunque nos dicen los vecinos á Rosa y á mí, que esas son aprensiones nuestras. La romería no ha estado este año tan divertida como otros. Las campanas de la iglesia se rompieron algo de tanto repicar en la fiesta que hicimos á la Virgen Santísima cuando tú te fuiste para que te diera buen viage, que desde entonces están muy roncás y parece que tocan á muerto. Todos tenemos salud, á Dios gracias, menos Rosa y yo que desde que te fuiste no hemos tenido dia bueno: nosotras decimos que será de tantos dias nublados como ha habido desde entonces. Sabrás que á Rosa le ha salido un novio muy trabajador. Ella no le quiere dar palabra, pero todos le dicen que no sea tonta pues tú sabe Dios si volverás y á qué está una muchacha honrada sino á casarse con un hombre como Dios manda. Cuando le dicen que tú tal vez no volverás, ella y yo nos echamos á llorar; pero rezando para que vuelvas se nos quita la tristeza. Rosa ofreció á la Virgen de los Dolores, para que tú no la olvidases, la mitad de sus trenzas, pero ya las tiene tan largas y tan hermosas como antes.

Con esto, hijo de mi alma, no te canso mas. Recibirás muchas memorias del señor cura y de Rosa, que no sabe que te digo lo del novio, y de todos los vecinos, con el corazon de tu madre — *Teresa.*»

P. D. Hijo, que andes con cuidado no te dé una insolacion, ó te pique una serpiente, ó te cojan los indios bravos, que ahí en las Indias dicen que está una á pique de eso.

— Virgen de los Dolores! exclamó Pedro hecho un mar de lágrimas; tened compasion de los de mi madre y de los de Rosa y de los míos! Para ellas ni pan sabroso, ni romerías alegres, ni campanas sonoras, ni sol de Dios en el cielo!.... Y por mí, todo por mí!.... Malditos sean los libros y la sabiduría que no enseñan á amar y consolar á los que nos aman y á bendecir la tierra en que nacimos. Oh! Rosa.... Rosa! tal vez te habré perdido para siempre!.... No, no lo permitas, Virgen Santísima, que mis culpas, por grandes que sean, no merecen tan dolorosa expiacion.

Desatentado, loco, dando al olvido el universo entero, Pedro se dirigió al momento al puerto y se embarcó en un buque que una hora despues debia darse á la vela para España.

VI.

Manojito de azucenas y claveles! Si las perfumadas auras de mayo te impelen una mañana hácia las Encartaciones, así que bayas dejado atrás á Valmaseda, atraviesa unos sombríos rebollares, trepa por la suave pendiente de una sierra y parate en una campa (1)

(1) Campo valdío.

sembrada de olorosas manzanillas. Inclina la vista al suelo y ve á apoyarte en la derruida cárcaba que un dia impidió al ganado entrar en la campa por el lado del Norte, y en cuya parte exterior hay una cruz de madera. Alza de repente la vista cuando te hayas colocado allí y recorre con ellas la hondonada que se estiende entre la montaña que te sustenta y las que limitan el horizonte frente por frente de ti.

Allí verás un valle cubierto de flores y verduras, sembrado de casas blancas, entre las que descuellan un palacio y una iglesia de airoso campanario; un valle cruzado de arriba abajo por una cinta de plata que lleva el nombre de rio; un valle, que mientras otros se agitan en febriles deseos y transforman todos los dias su idioma, su traje, sus leyes, y hasta su culto, él permanece tranquilo, humilde, fiel á sus tradiciones, contento, hermoso, amando á Dios y al trabajo.

Pues en aquel valle nació Pedro.

Y allí morirá tambien; porque héle, héle que con la ansiedad en el alma y la respiracion penosa y el corazon palpitante á la vez de temor y de alegría, trepa por la siera y ya se acerca á la campa.

Es una mañanita de mayo: los cerezos y los melocotones, y los landechos, y los endrinos están en flor; los mirlos y las malvices cantan en las arboledas, y las campanas

repican en el blanco campanario de la iglesia parroquial del valle.

Pedro dirige la vista á la llanura y sus ojos se convierten en dos fuentes de lágrimas, y sus rodillas se doblan, y sus labios rezan, confundiendo el nombre de dos mujeres con el nombre de Dios.

No, no; aquellas campanas no están roncacas, ni parece que tocan á muerto, que su toque es mas sonoro y mas alegre que nunca.

Pedro busca con la ansiosa vista una casita blanca que debe estar no lejos de la iglesia, y al fin descubre su rojo tejado entre un ramillete de cerezos en flor. Y entonces llora aun mas que antes y reza con mas fervor aun.

La iglesia le parece mas grande y mas hermosa que cuando se ausentó del valle, el rio mas cristalino, las arboledas mas verdes y mas pobladas, las llosas y las huertas mas lozanas, las colinas mas pintorescas, el valle todo mas bendecido y amado de Dios.

Pero sus ojos, que todo lo examinan, que todo lo inquieren, que todo lo ven, no han visto una hermosa procesion que antes de llegar él á la campa salió de la iglesia parroquial del valle y tomó una estrada que por medio de dos hileras de endrinos en flor costea la falda de la montaña y conduce á á la cumbre de esta, á la campa de la cruz.

Ha llegado la fiesta de las rogativas de
Cuento color de rosa.

Mayo, y el santo párroco que derramó el agua del bautismo sobre la frente de Pedro, sube á la cumbre de la montaña seguido de sus feligreses para bendecir desde allí los campos de la llanura donde el sudor de los aldeanos se ha trasformado ya en flores.

Un cántico inmenso que ruesuena á poca distancia, saca á Pedro de su estática contemplacion. El jóven presta atento oido, y la letanía de los santos le recuerda la festividad que aquel dia celebra la iglesia.

La procesion antes oculta en las umbrías de la entrada, sale al fin al raso donde se alza la cruz de madera.

Pedro dobla nuevamente la rodilla y esclama:

— Señor, yo te bendigo! Tu religion sale á recibir al hijo pródigo que vuelve al hogar de sus padres purificado por el remordimiento y la contriccion! Señor, yo te bendigo! Que me bendiga mi madre y que me abra sus brazos amorosos la vírgen sin man-cilla á quien un dia dije: «tú serás la santa madre de mis hijos!» y otro dia colmé de tribulaciones!

La bendicion de los campos va á empezar y Pedro no quiere interrumpir con su dolor ni con su alegría aquella santa ceremonia. Oculto tras de la cárcaba, busca entre la multitud á su madre y á su amada. Lo que en su corazon pasa no se puede refe-

rir: solo se puede adivinar. El que tenga oídos, oiga, dice el santo cantor del Apocalipsis: el que tenga corazón adivine y sienta, dice el humilde autor de los *Cuentos de color de rosa*.

Un grito de alegría se exhala, no del labio, sino del alma y del corazón de Pedro.

Porque Pedro acaba de desbubrir á su madre y á su amada, arrodilladas ambas junto á la cruz, una al lado de otra, unidas quizá por un mismo pensamiento, las dos con la huella del dolor en el rostro y la melancolla, honda, profunda, infinita, en los ojos.

El cabello de Teresa ha encanecido, pero su rostro respira aun mas amor, mas indulgencia, mas resignacion cristiana que en otros tiempos.

Rosa está descolorida como las azucenas del huerto; pero en su rostro brilla la hermosura del infortunio, no la de la hermosa Safo trepando á la roca de Leucades; sino la de la virgen cristiana saliendo á cojer en el circo la palma de los mártires.

La santa ceremonia termina repitiendo el pueblo las palabras del sacerdote.

Entonces Pedro se dirige hácia la cruz, y arrodillándose á los pies del sacerdote, esclama:

— Señor, purificadme con vuestra bendicion para que sea digno de volver á los bra-

zos de mi madre!

El anciano párroco sorprendese un momento; pero en seguida derrama sobre la cabeza del jóven el agua bendita con que acaba de purificar los campos y dice:

—En el nombre de Dios, yo te bendigo!

—En el nombre de Dios, yo te bendigo!
repiten todos los habitantes del valle.

Y entonces Pedro, purificado por aquella universal bendicion, vuela á los brazos de su madre y á los de Rosa, que se lanzaban desaladas á su encuentro.

No hay allí un corazon que no palpite de alegría; que hasta la siente aquel honrado jóven que ha llamado inútilmente al corazon de Rosa.

VII.

Manojito de azucenas y claveles! Si las auras te impelen á las Encartaciones y pasas por S.... verás lo siguiente bajo el hermoso emparrado que hay á la puerta de la casa de Teresa:

Una anciana y una jóven, radiantes de salud y de alegría, abandonando de cuando en cuando su labor para *comerse á besos* á una niña de seis años que aprende á su lado á hacer dobladillo.

Y un hermoso jóven, vestido al uso del pais, con el rostro algo tostado por el sol

y las manos algo encallecidas por la azada, que tiene sobre sus rodillas á un niño de tres años, rubio como unas candelas y colorado como una rosa.

Si preguntas á aquel jóven quienes son las mujeres que cosen bajo el emparrado, te contestará sonriendo:

—La santa abuela y la santa madre de mis hijos!

Y en seguida tornará á su ímproba tarea de grabar en la memoria del serafin que se agita en sus rodillas, estos versos del difunto Lista, á quien Dios haya coronado de gloria:

Feliz el que nunca ha visto
Mas río que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Antonio de Trueba.

